

The cover of the magazine 'ingrima' features a black and white photograph of a stone wall. A large, dark, geometric structure, possibly a sculpture or architectural element, is superimposed on the wall. The structure consists of several rectangular blocks and beams, creating a complex, three-dimensional form. The stone wall is made of irregular, rough-hewn stones. The overall composition is abstract and architectural.

ingrima

...en pos del sentido...

EL PLACER

Armando Rojas Guardia

Leticia Flores Farfán

Ernesto Priani

Elsa Cross

Revista Cuatrimestral
Agosto 2008
México, DF
35 Pesos

Nº2

El placer en cuestión

Diálogo entre
Leticia Flores Farfán
Ernesto Priani
Josu Landa

Josu Landa (JL): El tema de este diálogo, como saben, es el placer. Esperemos que, efectivamente, lo que hagamos sea un placer.

Nada más porque hay que empezar por algún punto, quisiera recordar una de las ideas que, según me consta, Ernesto conoce muy bien. Forma parte del *Tetrafarmakon* (los cuatro remedios o medicinas) de Epicuro, esa suma sintética de toda su ética, y en las *Máximas capitales*. Me refiero, en concreto, a la tesis de que el placer es fácil, de que obtener el placer es fácil.

Para empezar, qué dirían ustedes de esta idea, en un momento como el que estamos viviendo. ¿Hoy día, obtener el placer es fácil?

Ernesto Priani (EP): Pensé que habías dicho en un día como este. (Risas.)

JL: Bueno... para el día de hoy, se supone que ya lo estamos procurando. Pero me refiero a algo de más alcance: nuestra época.

¿Quién se anima? Es solo para empezar por algún punto.

Leticia Flores Farfán (LFF): Cuando uno está asumiendo que hay ciertas necesidades y, si el placer lo ligas a la satisfacción de las necesidades, conseguirlo se vuelve fácil. Si sólo estás actuando, digamos, en función de lograr eso... si tienes hambre, comes; si tienes sed, bebes... Desde esa lógica, alcanzar el placer es fácil.

Pero lo que me parece que una pregunta como esa pone en juego es la concepción del hombre que debe haber debajo, para poder decir lo que implica el placer. Creo que ahí es donde empieza la verdadera discusión. Antes de abordar todo lo relacionado con el placer se requiere aclarar cómo entender al hombre. Así, podríamos saber cuáles son sus placeres o cuáles son los objetos placenteros. No sé, Ernesto, cómo ves este asunto...

EP: Lo que pasa es que, por una parte, estaría el sentido en el que Epicuro plantea eso. Epicuro está buscando explicar que los placeres no tienen que tener una serie de condiciones difíciles de cumplir, para ser placenteros. Es decir, basta con que uno

coma, cuando tiene hambre. No necesita uno comer el filete más refinado que se pueda encontrar en la ciudad, para sentir placer. Epicuro quiere dejar en claro que la actividad placentera es una actividad primaria y que es una actividad que satisface o compensa fácilmente al hombre. Ahora bien, entendido además de acuerdo con una idea del hombre, según la cual, en realidad, el hombre debería reducirse a sus dimensiones más primarias, la posición de Epicuro es casi anticultural, en el sentido de...

JL: ¿De ser extremadamente pronatural...?

EP: ... No tanto de ser pronatural, pero sí de simplificar la vida al mínimo de su expresión.

LFF: Y no sería estrictamente anticultural, sino como de contención de los deseos, porque quien desea en exceso obviamente padece.

EP: Exactamente, y queda atado a falsos deseos. Sobre todo el problema de Epicuro es la identificación de cosas que llama falsos deseos. Hoy estamos llenos de falsos

Leticia Flores Farfán

México, DF, 1959

Doctora en Filosofía, miembro del personal docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y de la Universidad Autónoma de Morelos. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas y textos suyos han formado parte de varios libros colectivos. Es coautora del libro *Georges Bataille: el erotismo y la constitución de agentes transformadores* (2004). Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores.

Ernesto Priani

México, DF, 1962

Doctor en Filosofía, ejerce la docencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es autor de múltiples artículos especializados. Entre sus obras destacan *El libro del placer* (1999) y *De espíritus y fantasmas* (2003). Ha ejercido el periodismo en importantes diarios de la capital. Dirige la *Revista Digital Universitaria*. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

deseos por todos lados; es decir, deseos de cosas que no necesitas inmediatamente, pero que alguien está permanentemente estimulando. Por ejemplo, los celulares. Hace 10 años vivíamos sin celular y hoy alguien ha creado una necesidad de contar con un celular y no sólo de tener un celular, sino el más bonito de todos los celulares. O sea, se ha convertido en algo muy placentero tener el mejor celular, comprar ese tipo específico de celular.

JL: Ya van perfilándose, como simple avance embrionario, dos líneas o rutas de reflexión. Por una parte, la que propone Leticia: remitir el tema del placer a una idea del hombre. Por otra, la que trae a colación Ernesto: tener en cuenta el vínculo del placer con el deseo. Para poder movernos mejor, ¿por qué no damos un paso previo, un paso esclarecedor: tratar de aclarar de qué hablamos cuando hablamos de placer? Dicho de otra manera: ¿por qué no intentamos dar una definición de placer? Pienso que nos conviene formular una estipulación del concepto de placer que, para empezar, nos permita comunicar mejor nuestras ideas. Si no hacemos ese breve alto, corremos el riesgo de ramificar el diálogo, de diversificarlo, sin un norte mínimamente claro. No estoy aspirando a una definición universalmente válida de placer, sino algo que nos permita encaminarnos con más claridad hacia una idea de hombre vinculada con el tema y hacia el vislumbre de los nexos entre placer, deseo y necesidad. Entonces, ¿qué diríamos acerca de la noción de placer?, ¿cómo entender la idea de placer?

LFF: Yo creo que tendríamos que circunscribir las ideas acerca del placer según los diversos pensadores; porque, si en Epicuro, por ejemplo, placer implica no dolor, no creo que esa sea la significación que pueda tener la palabra en Sade. La idea puede variar en otros pensadores. En general, se puede entender el placer como un esta-

do de satisfacción, de bienestar. Hay quien dice que de alegría y hasta quienes lo comparan con la felicidad. Otros consideran que no es la felicidad. Digamos que es visto por algunos filósofos y estudiosos como un estado de satisfacción. Yo así lo entendería, en términos generales. Ahora, ¿cómo entender la satisfacción?, ahí tendríamos otro problema que atender.

EP: A mí, en general, las definiciones me resultan muy incómodas.

JL: ¿No tienes una tuya?

EP: No, porque sobre todo en el caso del placer y en el caso de una discusión contemporánea sobre el placer, me parecería que enfrentamos dos cosas. Una es la perspectiva histórica, es decir, reconocemos que los pensadores que han ido definiendo el placer lo han hecho de acuerdo con una serie de coordenadas que se presentan en la historia. La otra es que parecería como lo más obvio que, dado que todos sentimos placer, entonces todos debemos saber de qué se trata. Entiendo la lógica técnica de definir el placer; pero yo, en este caso, sería más precavido y preferiría no atarme a una definición muy estricta, porque lo que vamos a encontrar, incluso lo que nos ofrece el mundo contemporáneo, es una multiplicidad de formas de comprensión del placer en órdenes muy distintos, que mezclan lo mismo a Epicuro que a Sade, que vamos...

LFF: Que filosofía de la mente, neurofisiología...

EP: Sí, sí..., teorías que plantean que el placer es el resultado de ciertos procesos fisiológicos... Creo que, en realidad, lo que tendríamos que hacer es tomar una perspectiva crítica sobre lo que se está diciendo acerca del placer; comprender esas definiciones o esas formas de ver el placer, teniendo en cuenta que uno de los problemas centrales de reflexión sobre el placer es que siempre se vuelve un tema ideológico, pues

es uno de los objetos a los que uno quiere controlar.

JL: A mí me parece que, en el fondo de una interrogación sobre el asunto, desde el punto de vista filosófico, está la inquietud por el sentido del placer. A mí no me interesa llegar a una definición técnica ni una explicación o una estipulación sin más. Me interesa que avancemos desde la filosofía —porque creo que ese es el compromiso de la filosofía— y preguntemos por el sentido del placer. Entonces, esa pregunta por el sentido del placer sí puede pasar por exponer una idea meridianamente clara de lo que estamos hablando. Una cosa es que, efectivamente, todos experimentamos placer —digo, los que estamos vivos; eso es lo que decían los propios antiguos: todo ser vivo sensible tiene alguna experiencia de placer—; pero justamente el papel, la ambición de la filosofía, es no conformarse con eso, sino plantearse una pregunta por el sentido que eso tiene. Preguntar no tanto por la realidad en sí del placer, sea lo que sea, sino por cómo se incorpora en lo que es la presencia del ser humano en el mundo y qué papel desempeña esa experiencia en el hecho de ser en el mundo. Desde esa perspectiva sí me parece válido intentar responder esa pregunta. Lo cual no impide que pasemos por las reflexiones de la antigüedad o de cualquier otro momento histórico, incluido el actual. Nunca dejaremos de admirar la habilidad y la profundidad con que los pensadores antiguos investigan sobre cosas de la vida cotidiana. Me parece que llegan a visiones que hoy nos pueden servir para bordar sobre asuntos como este del placer. Entonces, dentro de esas coordenadas o esos límites, me resulta útil recordar a Epicuro, recordar a los cirenaicos, recordar al propio Platón, por ejemplo, que tiene mucho más interés en el placer de lo que normalmente se suele creer, o a Aristóteles. De ahí podemos extraer muchos

-[...]¿tiene el placer excesivo algo en común con la moderación?

-¿Y cómo podría tenerlo, si saca de quicio al hombre, no menos que el dolor?

-¿Y con alguna otra virtud tiene algo en común?

-De ningún modo.

-¿Y con la demencia y la intemperancia?

-Con estas, más que con cualquier otra cosa.

-Veamos: ¿puedes mencionar algún placer más fuerte y más vivo que el placer sexual?

-No, ni tampoco alguno más próximo a la locura.

Sócrates y Glaucón, en *República*, de PLATÓN

El placer es más profundo aún que el sufrimiento: / El dolor dice: ¡pasa! / Mas todo placer quiere eternidad, - / -¡Quiere profunda, profunda eternidad!

FRIEDRICH NIETZSCHE, "La segunda canción del baile", en *Así habló Zaratustra*

Si la felicidad consistiera en los deleites del cuerpo, podríamos llamar felices a los bueyes cuando encuentran arvejas para comer.

HERÁCLITO DE ÉFESO, *Fragmentos* (B 4)

La Represión, el Ascetismo y la Reflexión generan sus propios placeres perversos. Entregarse a un universal cualquiera (enamorarse de las Ideas, de los Dioses, del Futuro), o dejarse seducir por las propias ansias y recuerdos, procura un placer intenso y destilado. Ingrato y sin recompensa lo es solamente el tipo de represión o ascetismo *relativos* que impone el trabajo convencional de todos los días y que no nos deja gozar ni de las cosas ni de las ideas, ni del mundo verdadero ni del falso, ni de lo concreto ni de lo abstracto, ni de la concentración ni de la dispersión. Prisionero de un trabajo que no les autoriza a tocar las cosas, pero tampoco a inventarlas, la gran mayoría vive condenada a las ondas medias; ni lo falso ni lo verdadero: lo razonable; ni lo visto ni lo imaginado: lo verosímil.

XAVIER RUBERT DE VENTÓS, *Oficio de Semana Santa*

elementos, para ir respondiendo, desde las necesidades de hoy, la pregunta sobre el sentido del placer.

LFF: Pero entonces aquí yo me confundo, porque plantear lo del sentido del placer sí implicaría que supiéramos qué es el placer. Para que supiéramos cuál es el sentido del placer, tendríamos que saber cuál es su esencia, cuál es su orientación...

EP: No, no, no...

LFF: Yo no lo comparto, pero es que eso me suena... Habría de darle otra orientación. Por ejemplo, cuando Foucault habla de los usos de los placeres, más bien sitúa prácticas. Foucault sitúa prácticas institucionales, normativas, para el ejercicio del placer, por parte del sujeto del placer. Se interesa por definir quién es ese sujeto... en fin, aborda el punto desde otra orientación problemática. Si insistimos en lo del sentido, necesitamos un mínimo básico, para saber en qué contexto estamos ubicados, en qué entorno estamos discutiendo. Si nos fijamos en los usos de los placeres, estamos implicando ciertas prácticas a través de las cuales se obtiene cierta satisfacción, cierto deleite, etc. A partir de ahí, podemos ir viendo el uso ideológico, el uso valorativo, normativo, incluso político, que se puede hacer del placer.

JL: Cuando propongo cuestionar el sentido del placer no estoy exigiendo la elaboración de una teoría o la formulación de una tesis, algo que finalmente nos dé la clave fundamental sobre la esencia de placer ni nada por el estilo. No. Mi planteamiento no va por ahí. Lo que me interesa es ver cómo hacemos para que esa experiencia tan inherente a la vida misma de los seres sensibles se incorpore a nuestra existencia.

LFF: ¿Qué es lo inherente? ¿El placer sensitivo, el placer contemplativo...?

JL: Lo inherente es el hecho de que tenemos experiencias, que todos —incluso en el plano del lenguaje— juzgamos como pla-

centeras. Asumo que hay una comunidad de ser, que implica la experiencia del placer. Eso me parece una evidencia.

Podemos discutir sin parar sobre cualquier intento de explicación o cualquier tesis en torno al placer. Pero, al margen de esto, pienso que hay una serie de evidencias, es decir, cosas que están a la vista de quien quiera ver. Es un hecho que, por lo menos, todos hablamos en términos de “Esto me gustó”, “Esto me da satisfacción”, “Esto me suscita una delectación”. A eso llamo una evidencia. También me parece evidente que esos deleites tienen múltiples características: unos remiten más directamente al ámbito físico, otros —para decirlo de manera esquemática— son de índole mental o intelectual; también podría decirse que los hay de carácter emocional, etcétera.

A partir de esas experiencias, no me parece impertinente preguntarnos qué flautas tocan en nuestra existencia. Finalmente, al menos para mí, tratar de responder esa pregunta es lo que justifica cualquier iniciativa de tipo teórico, cualquier intento de proponer definiciones o, en general, dar razón del placer. Pienso que, si encauzamos una reflexión en esa dirección, puede entrar Foucault, entra Aristóteles, entra Sade... entra quien tú quieras. De otra manera, el diálogo puede convertirse, tal vez, en un torneo de memoria: a ver quién recuerda las tesis de cada quién.

EP: En realidad, yo pensé que la pregunta por el sentido podría abordarse a partir de un diagnóstico. Llevamos poco más de 50, 60, 70 años con la idea de que, por decirlo de alguna manera, se ha perdido el rumbo. No queda claro cuál es la orientación general de la vida, qué prácticas son sensatas, cuál es el principio para regular la vida moral de los hombres... Entonces, la pregunta por el sentido implica preguntar cómo reconstruir la vida humana y de ahí, entonces, recomprender el placer y el do-

lor. No en términos esencialistas, sino más bien en el sentido de un aviso que dice: “A lo mejor es para allá y no para allá” o “Sígase derecho pero no se detenga”. Qué se yo... En ese caso, por supuesto, la reflexión acerca de los placeres me parece fundamental en muchos sentidos. Fundamental desde el punto de vista de que nuestra sociedad ha hecho de los placeres uno de los factores principales de la convivencia humana y de la vida humana; es decir, el mercado y el mundo político le dan mucha importancia a que haya placeres.

Podemos discutir si esos placeres lo son en realidad. Podemos ver qué intencionalidad hay detrás de la promoción de ese tipo de placeres. Pero también es cierto que otras maneras de entender el placer se han convertido, en parte, en una forma de resistir a la imposición de esos placeres, como cuando buscas otros placeres que no son los que promueve el mercado.

Hay muchas reflexiones en torno al carácter hedonista de nuestra sociedad. La iglesia católica, en su discurso, ha establecido que ese es —como lo era desde el principio de los tiempos— el enemigo a vencer. Otra vez está ahí la lujuria, la búsqueda de los placeres, que ahora aparece en el contexto del relativismo. Y, claro, la reflexión que me parece legítima todo el tiempo es: “Hay cosas que me gustan, hay cosas que no me gustan y, de las que me gustan, hay unas cosas de las que me siento incómodo”. Entonces, hoy, observamos de nueva cuenta que el hombre discute consigo mismo acerca de las cosas que le gustan o de los placeres que le son impuestos o de los placeres por los que deriva su existencia. La pregunta por el sentido yo la entiendo en esa dirección, en términos de cómo reflexionamos hoy sobre los placeres, para que los placeres ocupen el lugar que queremos que ocupen.

JL: Más o menos, por ahí iba mi planteamiento.

Las diferentes sensaciones de placer o dis-placer no obedecen tanto a la condición de las cosas que las suscitan, sino a la sensibilidad propia de cada ser humano para ser agradable o desagradablemente impresionado por ellas.

IMMANUEL KANT, *Consideraciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*

Admitamos [...] como principio que la virtud es la capacidad [...] de realizar las acciones más bellas, en relación con los placeres y las penas, siendo el vicio la disposición contraria.

Son tres los factores que estimulan nuestras elecciones y tres los factores que provocan nuestras repulsiones: lo bello, lo útil y lo placentero.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*

Representar la vida como un sufrimiento inaudito que siempre, en cada momento, produce una fuerte sensación de placer, por lo que logramos, en tanto que sentimos, un cierto equilibrio, incluso a menudo un excedente de placer. ¿Tiene esto un fundamento fisiológico?

FRIEDRICH NIETZSCHE (Fragmentos póstumos, final de 1870 – abril de 1871)

Todo educador sabe que el placer y el dolor que encontramos en nuestra relación con las cosas actúa como la fuerza que nos hace aprender, desaprender, reaprender. Si el desprecio puritano de las adherencias de tipo hedónico hace que el mundo pierda su encanto, el rechazo hedonista de las de tipo álgico hace que la vida pierda su valor y su sabor profundos.

IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO, *Breviario de filosofía práctica*

[...] cuando el alma íntegra sigue a la parte filosófica sin disensiones internas, sucede que cada una de las partes hace en todo sentido lo que le corresponde y que es justo, y también que cada una recoge como frutos los placeres que le son propios, que son los mejores y, en cuanto es posible, los más verdaderos.

Sócrates, en *República*, de PLATÓN

LFF: De acuerdo con esa idea, es cierto que se ha venido haciendo un diagnóstico del hedonismo contemporáneo, y un punto que se ha resaltado mucho, en la visión del mundo contemporáneo, es que ya no vamos por el placer, vamos más por la seguridad. Habría que ver si efectivamente hay una verdadera reflexión sobre el placer en la época contemporánea o si la saturación de la gente con supuestos placeres no hace a un lado el tema del placer y antepone el tema de la seguridad, porque vivimos en un mundo de total desconfianza. Entonces, eso también se vuelve el foco o el centro de muchas de las discusiones sobre lo que venimos hablando.

EP: Claro. Pero ahí hay un punto de tensión muy interesante, que yo cifraría en un problema muy actual y muy concreto: la guerra contra el narco. ¿Cuál es la base de la guerra contra el narco? ¿Qué se está confrontando? Una prohibición de un cierto tipo de placer, que desemboca en una hostilidad a un comercio ilegal, precisamente por la prohibición de cierto tipo de goce.

L.F.F: ¿Hablamos del consumo de drogas? También se discute mucho si efectivamente produce placer. Lo digo porque, si se pone en entredicho el hecho de que la droga provoque un estado placentero, el tema aparece muy ligado también con filosofías de la mente...

EP: Sí, claro, por supuesto. Pero independientemente de eso, lo que encontramos ahí es que es un conflicto desatado a partir del cuestionamiento de una práctica que tradicionalmente se asumía como placentera o que tiene cierto cariz recreativo.

LFF: Pero ¿no se trata más bien de un problema de control del mercado y de un problema político? ¿No es el hecho de que el narco se constituye como una institucionalidad alterna a la institucionalidad del Estado lo que se combate, más que el hecho de

que esté promoviendo un tipo de práctica placentera o algo por el estilo?

EP: Pero lo curioso de todo el discurso de la lucha contra el narco es que, justamente, nunca se refiere a los que consumen.

JL: No me parece desdeñable que, en último término, se esté dando por supuesto que en la base del fenómeno este del consumo de drogas, psicotrópicos y demás, está el placer. Ese punto me parece del mayor interés. Perdonen que sea tan terco: yo quisiera precisamente fijarme en ese aspecto. No estoy obviando todos los otros elementos, los que atañen al tráfico (no al consumo) de drogas. Una serie de elementos que, además, son muy contradictorios. Se instauro todo ese discurso sobre el libre comercio, la globalización y demás, por una parte, y por la otra se prohíbe un tipo de consumo. Además, eso genera toda una serie de problemas por el simple hecho de que el centro del fenómeno es una prohibición, que sabemos que está repotenciando un consumo culposo, peligroso, mortal... Pero fijémonos en el punto preciso del placer. Retomemos eso que tú señalaste, Leticia: ¿realmente es un placer ese tipo de prácticas?

Esa pregunta nos retrotrae a la actitud general de los griegos ante el placer. Y me parece muy actual y pertinente que, a partir de un tipo de práctica como el consumo de drogas, puedan decirnos: "Acuérdense de la armonía en el gozo. Recuerden que la hýbris, la desmesura en el deleite, no es sino un placer engañoso, más bien limitado, defectuoso, fuente de problemas de todo tipo..."

Un fenómeno como el consumo de drogas de todo tipo, en cuya base está el supuesto de que procura o debe procurar placer con una intensidad fuera de lo común, le otorga una actualidad relativa pero importante, por ejemplo, a la idea griega de una jerarquía de los placeres. O sea que, a partir de la evidencia de la universalidad

del placer entre los seres humanos, a partir de la comunidad humana en el placer, se reconocen diferencias y jerarquías. Si se trata de encontrar un sentido a todo esto en nuestra existencia, no nos vendrá mal tener en cuenta cómo ciertos placeres vienen acompañados de dolor, cómo hay placeres que se manifiestan como movimientos excesivamente agitados, etc. No tiene caso que entremos aquí en detalles sobre la amplísima y muy variada cantidad de tesis sobre el placer que surgieron en el contexto del pensamiento griego. Si apelo, de manera tan genérica, a los filósofos antiguos es porque el hecho de que hoy encontremos tanta gente enganchada a un consumo adictivo de drogas de toda clase tiene mucho en común con un tipo de placer que ya ellos habían conocido como desequilibrado, inarmónico, rodeado de un montón de determinaciones que neutralizan una verdadera satisfacción, cuando no la anulan. Un tipo de placer que, en lugar de darle un buen soporte a la existencia, según todos los indicios, se convierte en fuente de graves problemas. La desmesura que entorna a las adicciones pone en evidencia una falla en la incorporación del placer al sentido de la existencia. Por eso me parece importante dialogar con los grandes pensadores antiguos del placer.

LFF: Yo insisto en que el tema de lo del narco va por otro lado. Pero, hablando de los placeres de la droga..., lo que pasa es que yo había hecho un pequeño desplazamiento problemático; el punto es que también tienes una sociedad que lo que quiere es que tú te evadas de la circunstancia específica de ser ciudadano, de exigir como ciudadano y de vivir conforme a ello. Lo que quiere es que no participes políticamente. De ahí la ambigüedad que tú decías, la condición paradójica de que, por una parte, promuevo eternamente cárteles y hago como que ludo contra ellos. Pero, planteando el placer

Parece [...] evidente que el placer no se confunde con el bien y que no todo placer es deseable: unos son en sí mismos deseables y se diferencian de los otros, bien específicamente, bien en las cosas de que proceden.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*

El placer erótico puede tener semejanza con la muerte; es una "pequeña muerte", en términos de Bataille. Y en sus manifestaciones sádicas, como fusión del dolor y del placer, estaría revelando justamente "las lágrimas de Eros", las cuales, en su trasfondo más profundo, brotarían de la insondable vivencia humana de la muerte. Aunque también [...] el erotismo sádico expresaría el fracaso de *eros*, de su esencia amorosa, comunicante...

JULIANA GONZÁLEZ, *El poder de Eros. Fundamentos y valores de ética y bioética*

Los placeres a destiempo producen repugnancia.

DEMÓCRITO, *Máximas*

[...]cuantos deseos hay concernientes incluso al afán de lucro y de victoria, cuando son acompañados por el conocimiento y la razón y alcanzan junto con éstos los placeres que la sabiduría les dicta; dado que siguen a la verdad, llegarán a los placeres más verdaderos, en la medida en que esto les sea posible, además de los placeres que les son apropiados, si es que lo mejor para cada cosa es también lo más apropiado.

Sócrates, en *República*, de PLATÓN

Nada es malo, dice [Zenón de Citio], sino lo que es torpe y vicioso. Nunca algo, dice, molesta, aunque duela, si conduce a la vida feliz, la cual consiste únicamente en la virtud. [El dolor] sin embargo, se ha de rechazar. ¿Por qué? Es áspero, contrario a la naturaleza, difícil de tolerar, triste y duro.

CICERÓN, *Disputaciones tusculanas*

conforme a la idea de que implica una sensación que no se puede desligar de la razón —a ver, corríjanme o señálenme aquí, si es Epicuro o si son los estoicos quienes hablan de que no es posible separar el placer de la razón—, desde esta lógica uno diría que, si tú estás completamente drogado, en un estado donde has perdido la conciencia, inclusive tus capacidades sensoriales, ¿dónde está el placer? Esa sería mi puesta en tela de juicio del supuesto carácter placentero del uso de drogas. Entonces, ¿qué es lo que está en juego: un estado satisfactorio o un camino evasivo? Creo que ahí es donde habría que detenerse a discutir y por eso sería importante definir si hay verdadero placer en esa experiencia.

JL: Estoy de acuerdo contigo en ese cuestionamiento de la condición placentera del consumo de drogas.

LFF: Aunque no sé si la cuestión real sea la medida o no. La verdad, no tengo mucha claridad sobre si el punto es consumir poquito o consumir mucho.

JL: Lo de la desmesura no es por una relación mecánica con la cantidad de sustancia consumida. Lo entiendo como un estado de desbordamiento destructivo. Yo me rindo ante la sutileza, la profundidad y la enorme perspicacia de los griegos ante el placer. Nosotros somos tan burdos que incluso nos parece extrañísima la reflexión sobre el tema. ¿Quién está pensando en este momento en el placer? Hablo en términos filosóficos, no sociológicos, de mercado o de salud pública. Solo tres o cuatro; cada vez, menos. Pues, no está mal que replanteemos el asunto, sin olvidar la referencia griega. Por ejemplo, cabe preguntar dónde se sitúa el placer. ¿Es un fenómeno estrictamente corporal o tiene que ver con el ámbito de la mente, la conciencia, la razón, etc.? Otro aspecto inquietante: el vínculo —que también me parece evidente— entre placer y dolor. Este punto es decisivo, porque tiene

que ver con una idea positiva o negativa del placer. Aunque entre las visiones de los antiguos sobre todo esto hay muchos elementos en común, también hay diferencias, y ahí está el caso de quienes proponen una idea del placer como hecho positivo —como los cirenaicos— y quienes se inclinan por una explicación del placer en términos de retirada o ausencia del dolor y el sufrimiento. El punto más importante, para mí, en tus señalamientos, Leticia, es el de la conexión entre placer y libertad. Me parece que el carácter híbrido (de desmesura) de las adicciones está en que implican una pérdida de la libertad. Hay que desmitificar el concepto de razón. No es cuestión de caer en el racionalismo, sino de ver, como en el caso de Epicuro, Platón, Aristóteles, los estoicos..., que toda experiencia, incluyendo las placenteras, se basa en el juicio, en la opinión que uno se forme, acerca de un hecho de referencia. Lo importante es cómo vives lo que te pasa, cómo lo asumes, y ahí es donde entran en juego la razón y la libertad. Ahí es donde creo que conviene colocar el tema de la inducción y el control de las vías con que cuenta la gente para satisfacer sus inevitables necesidades de placer.

LFF: Un paréntesis: no quiero que vayan a pensar que estoy haciendo un juicio moral contra la droga. Mi interés apunta más hacia una circunscripción histórica, porque la droga en un *symposium* tiene un sentido completamente diferente del que tiene en los usos que se le dan en el mundo contemporáneo.

JL: O en un ritual...

EP: Me parece que hay tres elementos importantes a tomar en cuenta aquí. Una es la orientación moderna en que la meta es el exceso. A mí me queda muy claro: hay muchos indicadores sociales de que el exceso es lo que se premia: el que corre más rápido —no importa en qué terreno—, el que consume más, el que se emborracha

más. Eso ha destruido una alta tradición cultural, que explicaba el consumo de ciertos productos dentro de una lógica placentera. En segundo lugar, el placer no sólo es la percepción inmediata que tienes de una satisfacción, sino que es una construcción, en la que interviene una serie de elementos, algunos de los cuales evidentemente son los que han señalado ustedes, como la presencia, la conciencia, la imaginación, es decir, el saber que estoy gozando, el darme cuenta de que estoy disfrutando. Pero también está la utilización de un cierto estilo para hacerlo. Ciertas maneras, como el hecho de que el vino se escancia de cierta forma, que la cerveza se toma después de cierta hora... todo eso que siempre me ha parecido muy simpático de los ingleses, de no beber antes de las 12 del día... A lo mejor nada de eso tiene ningún sentido estricto, pero constituye una forma de construir el placer: esperas a una hora para poder hacer tal cosa: es una práctica regulada. Y hay un tercer aspecto, que es la relación propiamente religiosa a través del placer, que incorpora nuevos elementos, más allá de los que hemos visto. Se trata de una práctica a veces más intensa, porque rebasa con frecuencia el sentido meramente placentero de la práctica para encontrarle un sentido trascendente. Entonces, en buena medida, creo que todo esto permite hacer, en parte, un diagnóstico de cómo la sociedad ha ido mermando las bases de una práctica individual y de control personal sobre las cosas que uno hace. De esa manera, te ves por lo menos impelido, inducido al exceso, al desbordamiento permanente.

JL: Pero, por ejemplo, ¿dónde colocaríamos la orgía? A mí me parece que la orgía es un exceso...

EP: Es un exceso regulado ...

JL: Tiene una cantidad de aspectos tan profundamente realizadores del ser humano, que yo estoy de acuerdo con la orgía. De-

Dice Zenón [de Citio...] que, de los entes, unos son buenos, otros malos y otros indiferentes. Buenos son los siguientes: sabiduría, templanza, justicia, valentía y todo lo que es virtud o participa de la virtud. Males, en cambio, son: demencia, incontinencia, injusticia, cobardía y todo lo que es vicio o participa del vicio. Indiferentes son los siguientes: vida, muerte, fama, deshonra; dolor, placer, riqueza, pobreza; enfermedad, salud y cosas semejantes a estas.

ESTOBEO, *Églogas* II

Si todo placer es satisfacción de la voluntad y estímulo, ¿cuál es el placer en el color? ¿Y el placer en el sonido? El color y el sonido tienen que haber estimulado la voluntad.

FRIEDRICH NIETZSCHE (Fragmentos póstumos, invierno de 1869/1870-primavera de 1871)

[...]el agrado, la belleza, el placer, dependen de las disposiciones de cada uno. Y lo que sin duda caracteriza al hombre de bien es que distingue, en todas las cosas, lo verdadero, como si el mismo fuera el canon y la medida de ellas. Por el contrario, la gran mayoría parece ser engañada por el placer, que le produce el efecto de un bien sin serlo.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*

Nuestra actividad psíquica tiene por objeto procurarnos placer y evitarnos displacer, hallándose [...] regida por el principio de placer. [...] el placer se relaciona con la disminución, moderación o extinción de las magnitudes de excitación acumuladas en el aparato psíquico, mientras que el dolor va paralelo al incremento o agudización de dichas excitaciones.

SIGMUND FREUD, *Introducción al psicoanálisis*

Me siento henchido de orgullo por el placer de mi cuerpo cuando me alimento de pan y agua, y escupo sobre los placeres de la suntuosidad, no por ellos en sí mismos, sino por los inconvenientes que les acompañan.

EPICURO, *Carta a un niño*

bería haber orgías sanamente organizadas. (Risas.) Lo he dicho hasta por escrito en alguna parte. El asunto está en que la orgía, por contraste, nos plantea el problema de la relación de la gente con este tipo de sustancias, que suscitan experiencias que nos sacan de la cotidianidad, y lo hacen en un término muchas veces radicalmente trascendentes. Por ejemplo, cuando tú rompes la cotidianidad por exceso, cuando te desbordas, das un paso en la religación con los demás y con la realidad, en la recuperación de la unidad con el mundo, para dejar paso otra vez a la multiplicidad. En ese sentido, la orgía es un exceso favorable a la vitalidad, que se contrapone al modelo de exceso de que hablabas, Ernesto: el que se sostiene en el consumismo y en prácticas estimuladas desde el mercado y que responde a una serie de intereses heterónomos. Yo sí reivindicó esa necesidad orgiástica de romper con la cotidianidad para reconstruir tu existencia y volver a nacer.

LFF: Cualquier práctica erótica es excesiva, pero porque rompe la subjetividad establecida, transgrede la institución, la identidad. Pero es de otro tipo de exceso de lo que estaba hablando Ernesto.

JL: Sí, claro: por eso hablo de un contraste. Aprovecho la denuncia que hace Ernesto para señalar que no me parece mal la orgía y para llamar la atención sobre por qué rehuimos la orgía y por qué la orgía está condenada, perseguida, impedida. Con decir que, aquí, en la ciudad de México no hay ni carnaval. En el resto del país, hay unos cuantos puntos, como Veracruz y Mazatlán, donde se mantiene una tradición carnavalesca muy mediatizada. Estoy hablando del carnaval como una de las escasas sobrevivencias de lo orgiástico en Occidente.

LFF: Honestamente vuelvo al punto que planteaba casi desde el inicio: esta ciudad es una ciudad basada en la desconfianza. No creo que aquí el placer sea el punto cen-

tral. El punto central, para mí, es la seguridad: estamos llenos de herrerías, puertas cerradas, llaves, no volteas a ver al otro, ya no dices buenos días a nadie... El placer de la convivencia cívica lo hemos perdido por completo, vivimos en un estado absoluto de desconfianza y de inseguridad. Entonces no sé si la orgía tiene validez. La verdad es que ya no ubico dónde puede estar lo orgiástico en este país.

JL: Lo que te estoy diciendo, justamente, es que no hay entre nosotros lugar para la orgía. Lo que existe es eso que decía Ernesto: un exceso estimulado heterónomamente y que además se agota en sí mismo, sin ninguna trascendencia. Aprendamos a vivir lo que es un reventón radical, que es tan reconstituyente que realmente renueva la vida. La orgía, en su sentido dionisiaco, recompone la vida, mientras que lo otro, lo que hace es convertir la vida en algo pesado y sometido a la obsesión por la seguridad y por un orden conveniente de la salud, la ley y la política.

LFF: Bueno, pues eso es Hobbes: el placer es lo útil, es un movimiento útil.

JL: Pero depende del sentido en que entendamos utilidad. También existe la utilidad ética...

EP: Sí, pero el problema está con lo útil visto en un sentido muy pragmático, además ligado a un proceso económico, es decir, útil como algo que redundo...

JL: ...utilitarista, pues.

EP: Exacto... que redundo económicamente en algún sentido, ya sea personal, ya sea social, y así forma parte del equilibrio. Ahora que hablábamos de todas estas cosas, me quedé pensando en un fenómeno que se repite regularmente todos los fines de semana: los grupos de jóvenes que van a Xochimilco, a meterse en los canales en la noche, en las trajineras, y alcanzan unos estados de intoxicación etílica impresionantes. A mí lo que me llama la atención...

JL: Ha de ser el "botellón" de Xochimilco. (Risas.)

EP: A mí me llama la atención, primero, la cantidad de gente que participa en eso. Es que, si algo caracteriza a esta ciudad, es eso: tocas un lado y sale pus. Lo que me resulta increíble es que parecería incluso un ritual normalizado, como si fuera una práctica de lo más común el que muchísima gente vaya a emborracharse de mala manera. No lo digo en términos morales, sino en términos de exceso, de intoxicación excesiva, cada fin de semana, en un lugar al que le inventan una nueva función, más allá de la función económica ligada con muchas cosas. Y, entonces, claro, lo que uno se pregunta es si este es el tipo de actividades que desarrolla esta ciudad y nuestra sociedad, dónde está el espacio para el disfrute en un sentido mucho más amplio.

Entiendo la participación colectiva propia de la orgía y todo esto, pero cuando la participación colectiva se convierte en un desbordamiento que se vuelve contra ti y te arrastra a un lugar al que no quieres ir o en el que ya no tienes ni siquiera el control de decidir cuándo pierdes el control, simple y sencillamente te estás dejando absorber por una dinámica ajena y entonces contribuyes al establecimiento de estos espacios... no dejan de aparecer las reservas.

A mí siempre me ha gustado analizar ese tipo de fenómenos, precisamente porque representan muchas cosas; por ejemplo, representan una frustración, un impulso de correr riesgos, de ponerse al borde del precipicio, en una sociedad que valora demasiado la seguridad. Por una parte, son fenómenos disruptivos, pero al mismo tiempo son normalizadores, perfectamente normalizadores.

LFF: Porque no son destructivas...

EP: Exacto. Pueden pretender ser una impugnación o se plantean a veces como...

Se puede [...] cambiar más rápida o lentamente a un estado de placer, pero el acto del placer, es decir, el hecho mismo de sentir el placer, no connota ningún grado de rapidez. ¿Y cómo podría ser el placer un devenir? Pues una cosa cualquiera no parece que pueda proceder de una cosa cualquiera, y todo ser, al corromperse, se resuelve en los elementos de que está constituido. Y el dolor es la destrucción de aquello cuya generación ha sido el placer.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*

No es lo mejor para los hombres que se les cumpla cuanto desean.

HERÁCLITO DE ÉFESO, *Fragmentos* (B 110)

[...] sintió que una conmoción violenta impuesta a un adversario proporciona a todos nuestros nervios una vibración, cuyo efecto, al irritar a los espíritus bestiales que circulan en la concavidad de dichos nervios, los obliga a presionar los nervios erectores y a producir, tras una sacudida, lo que se llama una sensación lúbrica.

DUQUE DE BLANGIS, *Los 120 días de Sodoma*, del Marqués de Sade

[...] cuando se pregunta por los fundamentos determinantes del deseo y se ponen en el agrado que se espera de alguna cosa, no importa de dónde provenga la representación de ese objeto que deleita, sino solo cuánto deleita esta.

IMMANUEL KANT, *Crítica de la razón práctica*

Digan lo que digan, en la misma virtud la última meta de nuestra intención es el placer. Me gusta machacarles los oídos con esas palabras que tanto los contrarían. Y si significa algún supremo placer y excesivo contento, se debe más a la asistencia de la virtud que a ninguna otra. Esta voluptuosidad, por ser más altiva, nerviosa, robusta, viril, no es sino más seriamente voluptuosa. Y le debemos dar el nombre de placer, más favorable, más dulce y más natural, no el de vigor o fuerza...

MICHEL DE MONTAIGNE, *Que filosofar es aprender a morir*

LFF: Yo creo que ahí es donde está la discusión fuerte; porque, si los chavos salen a torear autos, dime qué sentido tiene esa manera de poner en riesgo la vida. De antemano la están desvalorizando a tal nivel que salen a torear autos. Esa no es una práctica transgresora. Al contrario, reproduce absolutamente el mismo esquema, que nos han impuesto, de que tenemos una vida que no vale, salvo que logres tener la casa, la hipoteca, el carro, el no se qué. O sea, lo que tenemos es una escala de valores en que no se justifica el placer. ¿Qué es lo placentero en todo eso? ¿Que logres ese tipo de satisfactores y de bienestar? Estamos luchando contra eso. Entonces, no le veo ninguna capacidad de transgresión a los que se salen de ese esquema, pero no se colocan en una vía de disrupción de ese modelo, sino que lo dejan intacto.

JL: Concuerdo contigo, Leticia, en que ese tipo de prácticas es destructivo y no tiene ninguna efectividad disruptiva; muchos menos, de cambio real. Pero me permito llamar tu atención sobre esa, tal vez, excesiva valoración de la transgresión. Tenemos un par de siglos anhelando la ruptura; la ruptura en todo. Es una aspiración inherente a la modernidad. El espíritu moderno ansía la revolución, la ruptura, la transgresión... por sí mismas. Yo cuestiono esa hipervaloración de la ruptura o la transgresión per se.

LFF: Pero yo me estoy refiriendo, más bien, a esa forma de ruptura de la que tú hablabas hace rato: del exceso que cuestiona la superficialidad establecida. Hablaba de la puesta en tela de juicio de ciertos modelos de regulación, de institucionalidad, de las prácticas estatuidas... Contra todo eso, tenemos, por ejemplo, esa otra disposición al juego que, batailleanamente, se llama "voluntad de suerte". Entiendo lo que dice Ernesto: tenemos ahí una voluntad de que

algo se disloque, pero por la manera como se despliega, todo puede salir peor...

EP: Sí, claro. Pero a mí, lo que me llama la atención no es que no se trate de un fenómeno reivindicativo y, por lo tanto, no sea un fenómeno de transgresión. Creo que esos encuentros masivos en Xochimilco tienen un carácter disruptivo, en el sentido de que, si participas ahí, te arrojas; es decir, sales de la casa paterna —por decirlo de alguna manera— y te arrojas al vacío. Pero hay que prestar atención a eso: finalmente, la sociedad produce esos arrojados absurdos y continuamente encontramos que, detrás de una pretendida búsqueda de placer y de satisfacción, lo que hay es una suerte de "Corramos riesgos" y de "Vayámonos hasta el extremo último". Esto, en buena medida, porque me parece que parte de lo que se ha perdido es la capacidad de registro del placer; es decir, la capacidad de ver cuándo estoy gozando.

Ese es, para mí, además, el centro del problema. Un rasgo impecable que distinguía a los antiguos era la capacidad de describir cómo era el momento de estar sintiendo placer. En eso se sustentaba la generación de todas esas precauciones y medidas que proponían: que si pierdes la conciencia, entonces, no es placer; que si te duele, si pasas de este dolor, entonces, ya vete con cuidado, etc. A partir de ahí, uno se pregunta cuál es el ámbito en que nosotros somos capaces de sentir. Mi impresión, en general, es que hemos ido perdiendo la capacidad de sentir placer. En realidad, no sabemos cuál es el registro del placer y, por lo tanto, desconocemos el punto exacto en donde estamos disfrutando. Y finalmente queremos la visión de lo excesivo, como el único registro posible, para decir "¡Uy, la pasé de maravilla!"

LFF: Pero ¿por qué placer es pasarla de maravilla?

JL: Desde el punto de vista de la experiencia en sí, basta con pasarla de maravilla, para poder hablar de placer. Pero en lo que venimos analizando aparecen otros aspectos que tendrían que ver con algo así como una "política del placer", porque tiene que ver con la relación entre individuo y comunidad. Hablo de comunidad para referirme a cualquier contexto colectivo, social. A mi modo de ver, ahí tenemos una paradoja, porque no concibo el placer sino como una experiencia individual. Esto es algo que también me parece evidente. Por supuesto que hay muchas determinaciones externas, sociales, en el cumplimiento de una satisfacción, pero en último término será personal. Es lo mismo que la escritura...

LFF: Son experiencias intransferibles.

JL: Sí, y me parece que ahí, en esa intersección de la individualidad de la experiencia placentera con el contexto comunitario, es donde debe cifrarse la pregunta por el sentido del placer. Entonces, a partir de ese punto yo sí cuestiono que, por ejemplo, el sentido del placer tuviera que ser la transgresión de nada. Porque, si le endilgamos ese cometido, ya estamos imponiendo una heteronomía a la inevitable procura de placer. Tal vez resulte muy disruptiva; pero, en el fondo, en ese caso, el esquema de la heteronomía se cumple.

LFF: Yo no planteaba que el placer sea transgresor. Estábamos hablando de que los excesos rompen, transgreden, son disruptores, y yo digo que no todo es eso. Yo lo que planteaba es que no todo exceso rompe ni transgrede, sino que hay excesos...

JL: Pero es que lo que justifica al placer no es si rompe estructuras o transgrede. Eso no me importa, en la medida en que no me parece teóricamente decisivo. E insisto en que exigir ese norte —casi un norte teleológico— al placer es agregarle otro factor heterónimo.

LFF: ¿Y dónde está la heteronomía?

[...] afirmo que placer y dolor son la primera percepción infantil, y es en ellos en quienes surge por primera vez la virtud y el vicio del alma. [...] Si en las almas de los que aún no pueden comprender con la razón se generan correctamente placer, amistad, dolor y odio y si, cuando pueden captar la razón, coinciden con ella en que han sido acostumbrados correctamente por los usos adecuados, esta concordancia plena es la virtud.

El Ateniense, en *Leyes*, de PLATÓN

Se dice [...] que el dolor es la privación de lo que reclama la naturaleza y que el placer es la plena satisfacción de esto mismo. Pero esto no puede aplicarse más que a las afecciones del cuerpo. Si, pues, el placer es una repleción natural, será necesario que sea el sujeto en que se produce esta repleción el que experimente el placer; será, pues, el cuerpo. Pero la opinión general no se adhiere a esta afirmación. El placer es, por tanto, una repleción.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*

[...] los que se mantienen fieles a la enseñanza de Aristipo, también llamados Cirenaicos, mantienen las opiniones siguientes: admiten dos sentimientos básicos: el dolor y el placer; el placer como movimiento suave y el dolor como movimiento áspero. Y un placer no aventaja a otro, ni uno es más dulce que otro. El placer es agradable a todos los seres vivos; el dolor, aborrecible. Pero se refieren al placer del cuerpo, que es precisamente el fin último...

DIÓGENES LAERCIO, *Vida y opiniones de los filósofos antiguos*

Mientras que el dolor es una orden de actuar, el placer [...] no reclama ningún acto. En su deseo y experiencia esencial, el yo desea que ningún cambio intervenga en la situación existente. En la medida en que este afecto es una orden —o un deseo— reclama el *statu quo*.

THOMAS SZAZS, *Pain and Pleasure*

JL: La heteronomía está en exigir que, si tú no te vas a reventar para que el orden establecido se reviente, no lo hagas. Esa sería la manera sintética de decirlo.

LFF: Pero no es ese el camino. Justo te saqué el término batailleano de voluntad de suerte, porque la apuesta en juego está en la subjetividad; concretamente, en una voluntad de romper, sin ninguna garantía —ni externa ni interna— de que se logre aquello por lo que se apuesta. Si yo voy a ir a emborracharme, lo que yo me pregunto es —ahí sí— ¿cuál es el sentido de ese placer que busco, de ese exceso?

JL: Siempre podrá haber uno.

LFF: Yo no dije que no lo hubiera, pero puede ser que me esté nada más queriendo desafanar del ajeteo cotidiano, o sea, del hecho de que la existencia se te ha vuelto verdaderamente una carga, no un placer ni nada apetecible.

JL: Por eso decía que el placer se cifra en la conjunción de lo individual con lo colectivo, aunque en último término se realiza en el plano de la subjetividad. Por eso concuerdo, en gran parte, con el espíritu griego. Me parece hoy altamente ilustrativo y fecundo, porque ofrece una respuesta a esa disyunción de lo individual y lo social, es decir, la posibilidad de actuar libremente, de escoger opciones y de hacer del placer una experiencia gratificante, que dé sentido a tu existencia. Nosotros estamos muy lejos de ellos y eso hace que hoy pueda ser más transgresivo Aristipo de Cirene, el Viejo, o Epicuro, o cualesquiera de las grandes figuras griegas, ante el placer mediatizado y estimulado con una heteronomía que hay que consumir. Es decir: la disrupción está en uno.

LFF: A mí me cuestan mucho trabajo esas comparaciones. Además, el helenismo ha puesto en tela de juicio, por ejemplo, que la ciudad sea el espacio de la felicidad. Perdóname, pero hay una diferencia entre los

helenistas y un Platón y un Aristóteles, que creen que la felicidad requiere el contexto de la polis. Y, para muchos que creemos en opciones de carácter comunitario..., lo que plantea da pie a un conflicto. Yo no veo el placer como una cuestión meramente de anhelo personal. Creo que debemos acceder al placer con la conciencia de qué es lo que nos es grato. En eso, estoy de acuerdo con Ernesto, porque es cierto que hemos perdido la noción de qué es lo gratificante, porque estamos súper invadidos de una cantidad de elementos de consumo tan grande que la dinámica del mercado nos ha, verdaderamente, excedido, nos ha saturado y no sabemos lo que es el placer.

EP: Y es que, además, yo cuestionaría mucho eso de que el placer sea realmente individual. Como experiencia es intransferible, pero me parece que, como construcción, es social. Finalmente, el que siente es uno, pero lo interesante es que la forma en que uno siente está de alguna manera construida a través de otros elementos: prácticas institucionales, particulares, comunitarias, de grupo, es decir, que en buena medida uno construye la forma en que va a sentir y los placeres que va a valorar. A fin de cuentas, tienes razón cuando hablas de que hay una jerarquía de valores pero esta jerarquía de valores existe y continúa existiendo, aunque haya cambiado de coloración en cada caso.

JL: Perdón, pero yo hablo de una jerarquía de placeres en la Antigüedad, más que de valores.

EP: Sí, sí, de placeres; pero, al construir esa jerarquía de placeres, te estás construyendo tú mismo como persona; como persona, dentro de un grupo social.

JL: Muy bien... Este punto me parece crucial. Me parece que eso que decíamos acerca de que, en la Antigüedad, había una conciencia de una diversidad de placeres, de la existencia de placeres más intensos,

más vivos, éticamente más provechosos, útiles y demás, tal vez hoy se ha metabolizado o se ha actualizado de una forma tal que pareciera se ha distorsionado. Hoy también puede decirse que hay una jerarquía de placeres, pero completamente diferente a la de los griegos y, además, éticamente insostenible. Parece, más bien, un orden de superioridades sociales y políticas del placer, frente a opciones inferiores. De acuerdo con eso, no es lo mismo irse a atascar de alcohol y otras sustancias a los canales de Xochimilco, como decía Ernesto, que ir a libar a un hotel de siete estrellas en Dubai. Pero en esa distinción, tenemos un patrón de placer: por una parte, tenemos a una bola de pobres borrachos y, por la otra, están los que toman quién sabe qué elixires y licores de destilaciones supremas, ambrosías divinas. Para los patrones dominantes, este último sí es un placer y lo que se salga de esas coordenadas es pura experiencia deleznable. Esa jerarquía sustentada en el poder adquisitivo, la capacidad de consumo, hoy está desempeñando un papel funesto. No sé qué opinen ustedes de esto.

EP: Lo que pasa es que, hoy, buscar la felicidad me parece una cosa bastante *old fashioned*...

LFF: ¿Para quién es *old fashioned*? (Risas.)

EP: El asunto hoy es ser exitoso y la gran ventaja que tiene el éxito sobre la felicidad es que se ve: es tu reloj, es tu coche, es la playera que vistes, la marca, la copa que te bebes, cómo luces, cuántos años menos aparentas. Nosotros, en ese sentido, somos muy conservadores, al seguir pensando en la importancia de la felicidad y en que el placer debe estar puesto en un orden de felicidad, en un orden de autovaloración y estima de la vida.

JL: Lo que señalas, Ernesto, tiene importancia —me parece— no solo porque cuestiona el ideal de la felicidad —capital para

En la vida de los hombres, muchos de esos placeres y dolores correctamente formados que constituyen la educación se relajan y se destruyen. Los dioses, apiadándose del género humano que, por naturaleza, está sometido a tantas fatigas, dispusieron como descanso de sus penurias la alternancia de fiestas y, para que recuperen su estado originario, les dieron a las Musas y a Apolo, el guía de las musas, así como a Dioniso, como compañeros de sus festivales, y también la educación que se produce en las fiestas que celebran junto con los dioses.

El Ateniense, en *Leyes*, de PLATÓN

Si el placer está ligado con la simple aprehensión de la forma de un objeto de la intuición, sin relación con un concepto conforme a un conocimiento determinado, entonces la representación se relaciona por ahí, no con el objeto, sino únicamente con el sujeto; y el placer no puede expresar nada más que la conformidad de este objeto a las facultades de conocer que están en juego en la facultad de juzgar reflexionante...

IMMANUEL KANT, *Crítica de la facultad de juzgar*

[...] yo no puedo dar al placer ningún valor positivo, porque me parece que el placer interrumpe el proceso inmanente del deseo; el placer parece estar al costado de los estratos y de la organización; y es en el mismo movimiento que el deseo es presentado como sometido desde el interior a la ley y es escandido desde el exterior por los placeres; en los dos casos hay negación del campo de inmanencia propio del deseo.

GILLES DELEUZE, *Deseo y placer*

¿Qué es la belleza? Una sensación de placer que nos oculta las auténticas intenciones de la voluntad en un fenómeno. Pero ¿por medio de qué es provocada la sensación de placer? Objetivamente, la belleza es una sonrisa de la naturaleza, una sobreabundancia de la fuerza y de sentimiento de placer de la existencia...

FRIEDRICH NIETZSCHE (Fragmentos póstumos, final de 1870-abril de 1871)

el pensamiento ético y desvirtuado por las manipulaciones ideológicas— sino porque nos lleva al punto de la experiencia y el deseo. En términos de experiencia vivida, un estado de satisfacción obtenido por medio de mucho dinero no es superior a otro obtenido con recursos más modestos. Pero las élites, los poderes, los dispositivos de inducción mediática... todo eso, difunde la idea contraria: que los placeres basados en objetos caros son superiores a los placeres en los que intervienen medios más accesibles. Esto, aparte de ser falso, es muy peligroso, porque se traduce en un bombardeo permanente para orientar el deseo por la vía del consumo insaciable. Esto busca encaminar el deseo por un derrotero destructivo, porque fomenta expectativas que muy pocos pueden lograr y da pie a una peligrosa frustración.

LFF: O que puede suceder que lo logres, pero que no necesariamente...

JL: ... no necesariamente va a pasar nada...

EP: Sí, exacto: no va a pasar nada...

LFF: O sea que, pese a que las logres, no te van a dar necesariamente la satisfacción buscada. Y eso es lo terrible: cambias de celular y ¿ahora eres feliz? Ésa es la pregunta, ¿no?

EP: Un celular para filósofos. (Risas.)

LFF: Yo introduciría un tema que se me quedó por ahí "bailando": pasamos del placer al goce, sin ninguna mediación, y yo no creo que sean exactamente lo mismo. Roland Barthes habla del goce como este miedo y deseo de perderse. Tomando el tema del deseo que decías, Josu: habría, según Barthes, un deseo de pérdida, de entrega, pero junto a un miedo que pareciera no estar puesto en juego en el placer. Me parece que deberíamos marcar esa distinción; porque, si el placer lo estamos situando en este momento, cuando menos en esta conversación, como el agrado, como una satis-

facción, un estado de bienestar, independientemente de que sea verdadero o falso, deteriorado o no —sin detenernos ahora a analizar o discutir eso—, el goce no se plantea en ese nivel. Pienso que el goce se plantea en ese conflicto de la experiencia: una experiencia que angustia, pero que, a la vez, se desea, uno tiende a ella.

Tiene afinidad con lo que plantea Bataille cuando habla del erotismo: como ese punto de quiebre que se da entre actividad sexual y erotismo. Para Bataille, la diferencia entre una sexualidad —que puede ser placentera y ahí termina todo— y el verdadero erotismo consiste en que en la actividad sexual sin más no hay quiebre, no hay ruptura, no hay pérdida de nada. Es decir, en la sexualidad no hay angustia, porque simplemente entregas el cuerpo, como si entregaras cualquier objeto. Bataille dice que, cuando entregas la identidad, tu propio yo, como sucede en la auténtica experiencia erótica, ahí tiembles, porque no estás entregando cualquier cosa.

JL: Pero, ¿hasta qué punto no se está haciendo ahí una simple distinción semántica entre placer sexual y erotismo, que pueden ser vistos como dos modos de la experiencia, si asumimos el discurso de la experiencia?

LFF: Tú puedes tener placer sexual, puedes tener un orgasmo, físicamente hablando, es decir tener realmente un proceso de satisfacción, pero eso no genera pérdida ni fusión ni nada. Ahí no hay necesariamente erotismo. Por eso Bataille se opone a la idea de establecer una sinonimia entre erotismo y sexualidad.

EP: Pero eso ya sería reducir el placer a un estado fisiológico.

LFF: Por eso decía que el placer sexual puede verse como un estado de satisfacción y, en ese caso, probablemente lo estamos reduciendo a una situación meramente física. Por eso me parece importante tener en

cuenta lo que dice Bataille acerca del erotismo. Aunque lo físico también lo podemos ver como algo que está vinculado con otros órdenes. Tú mismo, Ernesto, planteabas hace un rato, refiriéndote a los antiguos, el problema de cómo separar, en el hombre, pasión y razón.

JL: Es que, entre los antiguos, en general, no se separa.

LFF: Por eso. Entonces, desde esa lógica, esa reducción del placer sexual a algo meramente fisiológico suena medio raro, algo difícil de sostener. Pues sí, se tratará de algo muy biológico, pero no se puede desligar de una experiencia y una conciencia.

EP: Sí, pero se me hace difícil distinguir el placer sexual del goce.

LFF: Para mí, lo más interesante del planteamiento de Bataille es la parte donde se habla de la experiencia de la pérdida del yo en la entrega erótica; porque, además, a partir de ahí, puede verse cómo la experiencia erótica implica una experiencia transgresora en un contexto comunitario.

EP: Bien... pero, entonces, ¿el goce correspondería sólo a la experiencia erótica y eso significaría que no habría, por ejemplo, un gran goce en comer o en beber?

JL: A mí me parece que la noción de experiencia es muy fecunda, en la medida en que, precisamente, permite superar estas dualidades y estas divisiones...

LFF: ... dicotomías.

JL: Sí: dicotomías. La experiencia solo es unitaria. La experiencia como tal, del tipo que sea, de pérdida, de repleción —o sea, de completud— es un hecho simple, indivisible. Por cierto, Platón intenta explicar el placer como la experiencia de una repleción, un completarse, el cubrir una carencia. Pero, en el contexto del discurso de la experiencia, me parece que la idea más importante —una idea que viene de la Antigüedad y llega, por lo menos, hasta Schopenhauer— es esa que entiende el placer

[Diferente es el placer del caballo y el del perro y el del hombre, conforme a lo que Heráclito dice, que] los asnos preferirían la paja al oro [pues la comida es para los asnos más agradable que el oro].

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*

[...] el deleite, el placer, es concomitante del aprendizaje, mientras que la verdad es la que produce la corrección y el beneficio, así como el estar bien o el estar mal.

El Ateniense, en *Leyes*, de PLATÓN

El placer y la ausencia de placer son el límite de lo provechoso y de lo perjudicial.

DEMÓCRITO, *Tetralogías I y II*.

Para todos los hombres lo bueno y lo verdadero son similares; lo placentero, en cambio, difiere de uno a otro.

DEMÓCRITO, *Máximas*

[...] en el caso [...] del placer y del displacer [la relación entre las representaciones] no designa absolutamente nada en el objeto y [...], al contrario, el sujeto prueba el sentimiento de sí mismo, tal como es afectado por la representación.

IMMANUEL KANT, *Crítica de la facultad de juzgar*

Todo goce [...] es, por su naturaleza, siempre negativo, nunca positivo. No es algo que exista por sí mismo, sino la satisfacción de un deseo, pues la condición de todo goce es desearlo, tener necesidad de alguna cosa. Pero con la satisfacción desaparece el deseo y por lo tanto cesa la condición del placer y el placer mismo. De ahí que el goce o felicidad no pueda ser nunca más que la supresión de un dolor, de una necesidad [...] la necesidad, el dolor, la privación es lo único positivo, lo que sentimos inmediatamente.

ARTHUR SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación*, v. I

como una correspondencia de nuestras satisfacciones con la realidad absoluta. Ese sería el placer radical: estar en sintonía con la *phýsis*, con la voluntad o cualquier idea de Absoluto. Ahí, lo experimentado no se disecciona, no admite dicotomías. Simplemente puedo decir "Lo experimenté", "Lo viví". El punto de si eso sea racional o no, parece, más bien, un falso problema.

LFF: Yo pienso que sí estamos ante una diferencia. Estoy de acuerdo en que no se trata de una dicotomía, pero sí puede hablarse de una diferencia.

JL: Como sea, me parece más fecundo hablar de experiencia. A mí no me resulta teóricamente más importante —mucho menos desde el punto de vista ético— saber si funcionó la imaginación, la fantasía o la razón o la conciencia, en mi estado de satisfacción. Simplemente asumo la experiencia en su unidad. Eso me parece a mí mucho más enriquecedor y, además, me parece mucho más moderno. Digo "moderno", al menos, en apariencia, porque Kant, por ejemplo —que trató de dar cuenta nada menos que de un "sistema de la experiencia"—, muestra, precisamente, conciencia de todo esto que estamos diciendo. Es decir, que el placer tiene ese aspecto cultural, comunitario, que ya hemos señalado; pero, a su vez, tiene ese misterio de ser completa y exclusivamente único. Entonces, eso plantea una aporía: cómo colocar esa diversidad inabarcable de experiencias en el contexto de una comunidad de ser. Yo creo que el punto, una vez más, es ese nudo de lo individual con lo colectivo y cultural que es la experiencia.

LFF: Sí, pero yo creo que la complejidad de la experiencia erótica reside, justamente, en que, para que haya la experiencia, tiene que haber ruptura yoica. Entonces nadie tiene la experiencia. Nadie la tiene personalmente, nadie la vive personalmente, y

eso involucra el contexto social y comunitario.

JL: Pero, ¿cómo que nadie la tiene personalmente?

LFF: En ese caso, ¿cómo puedes hablar de una pérdida del yo? Entonces, siempre vas a hablar desde un yo reconstruido.

JL: Depende de cómo entiendas o defines "pérdida del yo". ¿Qué significa "pérdida del yo"?

LFF: Quiebre de identidad, quiebre de conciencia, ausencia absoluta de razón. Eso que llama el instante y que no es un tiempo medible. ¿Cómo se puede dar eso? Pues solo puedes reconstruirlo desde la conciencia del yo. Esa es la estrategia política que me parece más importante, desde la experiencia erótica. Por eso, Bataille habla de goce y no de placer. El placer es una experiencia comunicable; en cambio, el goce erótico se vuelve una experiencia incomunicable, en este sentido de que nadie la tiene, pero forzosamente la tienes que reconstruir, la tienes que rehacer para que, efectivamente, tenga un peso y efectúe una transgresión.

JL: Me parece interesante una parte de lo que estás diciendo: la parte relacionada con las implicaciones políticas del erotismo. Pero no me parece clara la idea de que, finalmente, no sea una experiencia del yo y de que se trate de algo que no se vive personalmente. Si nos colocamos en el terreno de la experiencia, tiene que tratarse siempre de una experiencia de un sujeto y, se llame "goce" o "placer" o como se quiera, siempre será un modo de la experiencia. Me parece que lo describes muy bien y de manera muy atractiva, cuando hablas de "quiebre de la conciencia" y de "instante". Pero nada de eso rompe el esquema de la experiencia. En abono de tus preocupaciones, me inclinaría por pensar en una política del placer. Los helenistas me interesan en la medida en que tratan de ofrecer respuestas a necesidades y angustias del hombre desam-

parado, al hombre que no tiene una *polis*, que no dispone de una comunidad estable donde pueda realizarse. Pero, si tienes una *polis* donde vivir, te adaptas a la *polis*. Desde una perspectiva ética radical, puede ser hasta un falso problema si existe un contexto comunitario definido o no.

LFF: Es que yo no creo que sea un adaptarse a la *polis*.

JL: No hablo de adaptarse en el sentido de aceptar un orden político de manera acrítica. Creo que no me expresé bien. A lo que me refería era a que, desde la perspectiva de las éticas helenísticas —cinismo, estoicismo, epicureísmo...—, si te toca vivir en una *polis* definida, lo asumes y ya. Lo mismo en la situación contraria: si se ha destruido la *polis* y te toca vivir en el camino, a la intemperie, lo afrontas y punto.

LFF: Claro. Pero no es que esté la *polis*, es que se construye.

JL: ¿Y si no es posible o éticamente conveniente construirla? ¿Si en eso se te va la vida, sin que te realices éticamente? ¿Cómo haces para derrocar a Filipo de Macedonia, que es un monarca terrible, que acaba con la democracia ateniense, introduce la inestabilidad, el hambre, la guerra y el autoritarismo más vil? Frente a esto, algunas escuelas de estirpe socrática se preguntan: "¿Vamos a hacer una revolución en pro de la democracia perdida?" Responden que no y tratan de vivir bien; éticamente bien, quiero decir.

LFF: Estoy de acuerdo en que hay ciertas escalas de valores y en que eso puede resultar inútil y está bien, de acuerdo con esos referentes. Pero, para otra escala de valores puede resultar que no y que el tratar de responder a ellos sea justamente el placer y el único sentido de la vida, y por ahí se apuesta la existencia. Esto justifica el que haya quienes se identifiquen con la idea de construir la *polis* o la comunidad. Veo ahí dos modos o dos estrategias, y habría muchas más.

Hay un número muy restringido de personas que faltan por defecto en los placeres y los aprecian menos de lo que conviene.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*

[Antístenes dice que] no hay que buscar los placeres que están antes, sino los que están después del esfuerzo.

ESTOBEO, *Églogas II*

[Aristipo de Cirene excluía] los placeres fundados en el recuerdo de un placer anterior o en la expectativa de un placer futuro.

DIÓGENES LAERCIO, *Vida y opiniones de los filósofos antiguos*

[Aristipo Metrodidacta] definió precisamente como un fin el hecho de vivir en el placer, introduciendo la noción de placer por referencia al movimiento. Enseñó que nuestro temperamento comporta tres estados: uno por cuyo efecto experimentamos dolor, semejante a una tempestad en el mar; otro por cuyo efecto experimentamos placer, que él compara con un viento benigno; un tercero es un estado intermedio en virtud del cual no experimentamos ni placer ni dolor, y se asemeja a un mar tranquilo.

EUSEBIO, *Praeparatio evangelica*

"Placer" es una palabra de resonancias propagandísticas y por tanto fundamental y cosquilleantemente *inmorales*. Admitimos la búsqueda sin excusas del placer cuando nos dedicamos a la buena mesa o a la diversión del fin de semana, pero tenemos más remilgos si se nos pide reconocer su primacía a la hora de trabar nuestros amores o establecer otras relaciones personales y evitamos con cuidado mencionar su égida al publicar nuestras preocupaciones políticas o nuestros ideales morales.

Fernando Savater, *Ética como amor propio*

JL: Que no tienen por qué excluirse.

LFF: Bueno, en la Antigüedad sí se veían como medio excluyentes.

JL: No me lo parece; al menos no en todos los casos. El derrumbe de la *polis* no fue una cosa que pudiera elegirse. Se dio y se integra eso a la existencia de la gente, en la forma que sea. Para Epicuro, lo mejor es desentenderse de la *polis*, pero funda su propia comunidad. Para los estoicos, lo político en sí es indiferente, pero esto no implica, necesariamente, apartarse de la política. Platón y Aristóteles aspiran a una reconstrucción de las condiciones políticas de una vida ética, según la idea de un vínculo indisociable entre ética y política. Me parece que, en el fondo, la disyuntiva para ellos era o afanarse en construir un contexto comunitario para la buena vida o colocar ese contexto en un plano secundario, porque finalmente el universo mismo es la *polis*, y existe la comunidad general de los seres humanos, al margen de que haya estados, leyes y toda clase de instituciones. Secundario no quiere decir nulo.

LFF: No creo que sea así. Desde mi punto de vista, se parece bastante a la disputa entre liberalismo y republicanismo. Es, más o menos, lo mismo.

EP: Acuérdense de que hablábamos del placer. (Risas.)

JL: Ciertamente.

EP: Digo... De pronto, me sentí marginado... (Risas.)

LFF: Estamos hablando de políticas del placer... (Risas.)

JL: ... y estamos cayendo en el placer de la desviación... (Risas.)

EP: Exacto.

LFF: ... que no está tan desviado. Yo insisto en que el placer, justo por esto, porque también se despliegan prácticas institucionales, tiene que ver con la comunidad. Lo que hemos perdido es una noción de placer que tenga que ver con lo comunitario, y

lo hemos enclavado en un individualismo excesivo, que rompe con cualquier idea de pertenencia. Entonces, ya no es esa discusión de si la experiencia es intransferible. Esa no es la discusión, sino cómo podemos entender la noción de placer en nuestra realidad. Lo que ahora sucede es que ni siquiera podemos impulsar nuestras prácticas y nuestras experiencias, si no es en el terreno del consumo y la mercancía. A eso es a lo que trataba de llegar.

JL: Tú dijiste algo que se nos fue olvidando en el camino...

LFF: ...en este placer del desvío...

JL: Sí: era el asunto aquel de la base humana del placer: qué idea del hombre hay detrás de una idea del placer. Y acabas de hacer referencia a un punto que también me parece crucial: el del individualismo excesivo. No está de más pensar en el tipo de hombre que hoy en día es el común de los mortales. ¿Qué piensan ustedes sobre este punto?

LFF: Ernesto, te toca.

EP: ¿Por qué a mí? (Risas.)

LFF: Porque has estado muy descansado y tú eres el que domina el tema. (Risas.)

EP: Lo que pasa es que estaba pensando. Vamos... la pregunta es difícil y justo lo que estaba pensando es que habría dos perspectivas: cómo me defino yo como sujeto, siendo filósofo, habiendo estudiado filosofía, y cómo se define la gente que no es como yo. Porque yo ya llegué a la conclusión de que la gente que no es filósofo no es como yo.

JL: ¡Claro! Esa es otra evidencia. (Risas.)

EP: Por supuesto. ¿Por qué? Porque siguen otros procesos mentales y otros procesos reflexivos y otras prácticas para darse identidad, que no siempre son las que uno tiene, y no usan el instrumental que uno tiene. Entonces, me parece que la conciencia de que uno no puede generalizar la propia noción de sujeto como una noción colectiva, universalizable, es un paso que uno

tiene que dar. Y, entonces, ¿qué nos queda? Nos queda la evidencia de lo que nos "muestra a", es decir, la evidencia de los demás o de la colectividad que nos muestra cómo es el hombre hoy o cómo debería de entenderse o cómo debería de problematizarse.

Hay una serie de cosas que me parecen importantes, aunque puedan dar la impresión de alejarse del tema, y me gustaría empezar por ahí. Hace tiempo, la impresión era que había una clara separación, construida socialmente, entre gente que se veía impelida hacia el mal y gente "normal" o gente "buena". Ahora empezamos a encontrar casos muy significativos y, además, una proyección permanente de gente que se dedica al mal, pero vive como los demás. Esta me parece una idea importante. Uno puede poner un programa de televisión como evidencia; pero, en realidad, uno podría escoger la evidencia de cualquiera, de muchos, en este país. El programa que tengo presente es *Los soprano*, en que estamos ante una familia como todas, donde el papá va al psicólogo, los niños tienen problemas en la escuela, tienen problemas matrimoniales, vamos, son como...

LFF: ...cualquier familia feliz...

EP: Sí: cualquier familia feliz. Sólo que el señor tiene... bueno... la característica de ser un mafioso y, entonces, tiene la necesidad de matar gente de vez en cuando, como parte de su trabajo, etc. Y me parece que esto trae a colación la idea de que el hombre ya no está orientado, necesariamente, al bien, como tampoco está orientado a la felicidad; sino que el hombre, ahora, se limita a cumplir una serie de funciones, y las tiene que cumplir de acuerdo con un patrón. Es decir, el ideal actual es que el hombre tiene que ser, haga lo que haga, se dedique a lo que se dedique, igual a los demás. O sea, la idea de que el rico es igual a cualquier otro padre de familia, que tiene problemas con sus hijos, que los tiene que llevar a la escuela...

[...] el placer [según los cirenaicos] es un bien, aunque proceda de lo más indecente [...] Pues aunque el modo de obtenerlo sea absurdo, no obstante el placer por sí mismo es aceptable y bueno.

DIÓGENES LAERCIO, *Vida y opiniones de los filósofos antiguos*

[El "legislador de los placeres" debió haber pensado que] si vuestros ciudadanos llegaban a ser inexpertos en los placeres más grandes desde jóvenes, por carecer también totalmente de práctica en el dominio de los placeres y en no dejarse obligar a hacer nada vergonzoso les pasaría lo mismo que a los que eran más débiles que los temores, a causa de la disposición a la indulgencia para con los placeres. Serán esclavos, de otra manera todavía más vergonzosa, de los que pueden dominar los placeres, hombres en ocasiones absolutamente malos...

EL ATENIENSE, en *Leyes*, de Platón

En la base del placer está el dolor -sin el cual el placer no se sentiría como placer- y, a la inversa, en la base del dolor está el placer -sin cuya existencia el dolor no consistiría en nada-.

IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO, *Breviario de filosofía práctica*

[...] el hedonismo tenía razón [...] en la medida en que sostenía la exigencia de felicidad en contra de toda idealización de la desgracia. La verdad del hedonismo estaría en su superación en un nuevo principio de organización social, no en otro principio filosófico.

HERBERT MARCUSE, *A propósito de la crítica del hedonismo*

Es bueno lo que, por su solo concepto, causa placer gracias a la razón. [...] Bueno en sí es lo que da placer por sí mismo.

IMMANUEL KANT, *Crítica de la facultad de juzgar*

JL: Los ricos también lloran...

EP: ...Exacto. Todo ese tipo de cosas es una proyección de que, en un sentido, la vida de cada quien pierde su singularidad, pierde su identidad; es decir, no hay algo que le dé valor a tu vida en particular, sino quizá la función, el lugar, el estrato social. Porque, en realidad, para efectos prácticos, todos somos iguales, somos lo mismo, sufrimos lo mismo, padecemos lo mismo, lloramos en las mismas circunstancias, etc. Entonces, la pregunta es cómo construyes una idea de hombre fuerte. Ese es el problema. Tampoco me queda muy claro. Por ejemplo, esa defensa de la idea de familia más allá del matrimonio, que me parece algo hacia lo que vamos... Es decir, no importa si son dos hombres y un niño o un hombre y una niña, un anciano y dos mujeres; no importa quién constituya el núcleo familiar. Esto es algo que a mí me alarma. Es decir, ¿dónde está la posibilidad de construir una idea de hombre que emerja de esta planicie en la que nos movemos?

JL: ¿Tú ibas a decir algo, Leticia?

LFF: Sí. Mi pretensión inicial no era tanto establecer la definición de hombre, a partir de la cual podamos vislumbrar una idea del placer. Pensaba, más bien, en un diagnóstico de la época contemporánea y ver, ahí, qué es lo que se considera que es lo humano y cómo se puede hacer una jerarquía de valores, como la que se planteaba hace rato. Entonces...

JL: De placeres, Leticia, de placeres, no de valores. Te quedaste en el número 1 de **Ínglima**... (Risas.)

LFF: De placeres... Podemos hacer esa escala y, entonces, marcar todo ese juego de los bienes de consumo, etc. A mí me parece que lo que vamos a tener que plantear ante esa situación es la manera de revertirla. Ese es el punto. Es importante hacer el diagnóstico de lo que se está entendiendo por humano; identificar sus características,

no como una naturaleza inmutable, sino en el sentido de que hay un consenso implícito en cuanto a que el hombre tiene que cumplir con ciertas metas, ciertas prácticas, ciertos objetivos. Y, en función de eso, entonces sí, intentar una jerarquía del placer.

Pienso que nosotros, cuando menos, estamos llegando a un consenso en torno a la necesidad de impugnar o revocar la que pareciera ser la jerarquía hegemónica de los placeres, hoy en día; esa que está invadiendo los medios, invadiendo el mercado... todo; esta noción de los placeres subordinados al consumo, fundamentalmente. Pero, a mí lo que me cuesta trabajo es concretar ese diagnóstico. ¿Realmente qué es lo que se está poniendo, hoy por hoy, en juego, al referirnos a lo humano, además de la libertad, por supuesto, que parece ser un valor esencial?

EP: Es el centro, el centro único al que hay que tener en cuenta.

LFF: Ajá, pero ¿qué más?

EP: Nada más.

LFF: A mí eso es lo que me cuesta trabajo determinar: si es ahí donde está el centro de la disputa, para después decidir todas las otras experiencias y prácticas.

EP: Pues, mira: hay varias cosas indicativas, pero una de ellas es la lectura tan curiosa que hicieron de Pico della Mirandola los pensadores existencialistas, que se fijaron solo en la primera parte del *Discurso de la dignidad del hombre* y lo demás da la impresión de que no lo entendieron bien y no les interesó. A partir de una lectura así, parecería que en efecto el hombre es solo libre y ya. Entonces, hay que hacer todo para que siga siendo libre. Y eso lo escuchas muy a menudo. Yo me pregunto si realmente la libertad es aquello que define al hombre, es el rasgo definitorio de lo humano.

JL: Hay una serie de elementos a la vista —unos son sociológicos; otros, políticos y demás— para darnos cuenta de que el ser

humano se ha convertido en una especie de abstracción útil, una abstracción funcional para una estructura de relaciones de tipo económico y de tipo político. Eso es todo: un diente de un engrane.

EP: Pero ya lo estás definiendo. Yo agregaría a eso —que me parece muy certero— que se trata de una entidad abstracta que es libre.

JL: Pero, en todo caso, será libre con muchos bemoles, con muchas limitaciones. En primer lugar, vemos cómo cualquier entidad radicalmente humana, radicalmente personal, queda anulada por las exigencias de un orden de relaciones, es decir, un sistema de relaciones de objetos, de dispositivos y demás. Ahí, todo el mundo tiene que cumplir una función. Ese sujeto de la función es lo que yo creo que define a lo que entendemos, hoy, por humanidad. Se trata de un sujeto útil para el consumo, útil para la producción, útil para la reproducción, útil para unas relaciones políticas determinadas y una visión del mundo, etc. Me parece que la idea de libertad que se está manejando o prevalece en ese orden es una especie de superestructura, para justificar muchas cosas. Se trata de una idea completamente limitada de libertad. ¿Qué libertad es esa? Es libertad para funcionar y hacer funcionar, nada más. Porque, además, está la capacidad impresionante de ese sistema para absorber y poner todo a su favor. Lo que disuena, lo que desordena, lo que discuerda con eso, también lo convierte en algo favorable.

LFF: Claro.

JL: O sea, es una metabolización de tus actos que, en último término, llega a ser la negación de una verdadera libertad. En el mejor de los casos, podría llegar a ser una libertad entendida como una posibilidad de hacer lo que queremos, es decir, poder encauzar nuestro deseo sin obstáculos. La clave de esa libertad está en aquello que de-

[...] lo fundamental del placer es el tipo de vinculación que establece entre el yo [...] y el cuerpo [...] El placer es la señal de una relación satisfactoria entre el yo y el cuerpo [...] el placer es la experiencia del asentimiento a nuestro asentamiento en la vida/mundo. [...] En una palabra, gozar es decir *sí* con cuerpo y alma.

FERNANDO SAVATER, *Ética como amor propio*

En la supresión de todo tipo de dolor está el límite de la magnitud de los placeres. Allí donde hubiera placer, y mientras persista, no hay dolor físico ni espiritual, ni la mezcla de ambos.

EPICURO, *Máximas capitales*

La exaltación hedonista del placer [...] no nos habla sino de la trivialidad de las propias sensaciones –“Ligeras, las pasiones son locuaces; inmensas, callan” (Séneca)–. El hedonismo es así el paradójico y desesperado intento de regir la sensualidad según una lógica que no le es propia: la lógica de la buena administración y la rentabilidad, de la máxima producción al mínimo coste. El hedonista pretende administrar sensata y económicamente el mundo de las “pasiones desordenadas”. ¿Pero adivina el lector qué puede ser una “pasión ordenada”?

XAVIER RUBERT DE VENTÓS, *Ética sin atributos*

[...] la sustitución del principio de placer por el principio de realidad ni significa una exclusión del principio de placer, sino tan solo un afianzamiento del mismo.

SIGMUND FREUD, *Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico*

[Los cirenaicos] denominaban a la ausencia de dolor y a la falta de placer estados intermedios. Afirmaban que los placeres corporales son muy superiores a los anímicos y las dolencias corporales, peores; y por eso precisamente se castiga a los delincuentes más con estas.

DIÓGENES LAERCIO, *Vida y opiniones de los filósofos antiguos*

termina el deseo. Si algo controla o manipula tus deseos, aunque no tengas muchos obstáculos para realizarlos, la libertad ya está limitada de antemano. Ahí arraiga, en general, esa noción de libertad, hoy en día dominante, pero que viene, por lo menos, desde Justiniano: esa idea romana y bizantina de la libertad. Yo me inclino más por una idea de la libertad vista como toma de conciencia de sí, un revisarse a sí mismo, un proceso de constitución de sí mismo y una posibilidad de encauzar el deseo por la vía de una realización ética.

EP: Claro. Lo que pasa es que justo la entidad abstracta en que se ha convertido el hombre va junto con la idea de que se trata de un ser libre, es decir, que es capaz de realizar todos sus deseos. Y, cuando digo todos sus deseos, quiero decir absolutamente todos. Algo que caracteriza al mundo contemporáneo es la no renuncia a nada. Solo el que trabaja en una empresa o institución, el que es padre de familia... o sea, el que puede disponer de todo el equipo obtenido por medio de la integración al sistema y por medio del consumo es el que se ajusta al ideal del hombre contemporáneo. Si no cuentas con eso, no te realizaste. Entonces, yo cuestionaría no sólo la idea de libertad, sino el haber colocado a la libertad en el centro de la definición de lo humano; porque, a partir de ahí, te hace libre el que puedas elegir muchas cosas, el que puedas experimentar muchos placeres...

A la hora de definir una jerarquía de placeres, observas que están dados por la variedad, por la diferencia... Si tú quieres colocar ciertos placeres en primer lugar, esas serían las referencias. A mí me sorprende, de pronto, el encontrarme a mí mismo descubriendo que comprar es un placer. Pero es que, además, lo siento así desde el punto de vista sociológico y como una actividad intelectual...

JL: Y placentera, lo que es todavía es más radical. (Risadas.)

LFF: Estudian la relación entre depresión e ir de compras...

EP: Exacto. Pero lo que me llama la atención de ese placer es que no se trata sólo de la adquisición o del acceso a un objeto, sino del acto mismo de adquirirlo. A lo mejor te vas de compras sin comprar nada, en lugar de haber ido al cine, de ponerte a leer un libro, de haber salido con la novia o lo que sea. Dedicaste tu tiempo a ir de compras, aunque regreses el sábado siguiente a comprar lo que descubriste que no tenías. A mí eso me llama mucho la atención. Es decir, me asombra cómo la sociedad se ha ido modelando para que una actividad, que hace cincuenta años era insignificante, terminara siendo considerada como placentera y hoy pueda ser vista como el núcleo del placer: ir a ver y a elegir lo que me gustaría comprar.

LFF: Un placer que se sustenta en el poder de comprar: ahí está el acto placentero y ahí está el acto libre.

JL: El acto libre va a ser ese. Qué coincidencia: tener dinero es tener libertad.

EP: Exactamente.

JL: A mí me parece una completa devaluación de la libertad.

LFF: Pero está en lo que dice Ernesto: en la posibilidad de comprar, aunque no compres: en que tú puedes ir y decidir, porque hay una multiplicidad de opciones, y eres tú quien determina por cuál de ellas optas. Eso causa placer. Y te da, además, según estos estudios psiquiátricos, te digo, mucha libertad; quita la depresión.

JL: Pero es una idea completamente devaluada, porque deja de lado lo que influye en el deseo de comprar.

EP: Pero, además, ese es un punto de vista que no problematiza la libertad.

JL: Ahora que lo planteas, Ernesto, quiero destacar un punto: tú estás cuestionan-

do el hecho de que se haya colocado a la libertad en el centro de la idea de lo humano. ¿No te parece que es más decisivo que eso la idea de libertad que se ha impuesto y que se ve como algo de lo más natural? Porque, finalmente, si tenemos una idea preconcebida de libertad, no es tan importante si lo pongo en el centro o no. Por eso me interesa más contraponer a la idea dominante una visión de la libertad basada en el control autónomo del deseo y la capacidad de ser uno mismo siempre, suceda lo que suceda.

LFF: No estoy nada de acuerdo. (Risadas.)

JL: Estoy hablando de la libertad como la entendían los antiguos: como un liberarse de la pasión, y para llegar a eso es necesario alcanzar una sólida constitución ética, construirse con una gran consistencia ética.

LFF: El principio de realidad es muy fuerte, mi querido Josu. (Risadas.)

EP: Yo diría, Josu, que estás de acuerdo conmigo sin enunciarlo: antes de la libertad está el cómo me enfrento a las cosas del mundo.

LFF: Sí.

JL: Ver quién eres, cómo te constituyes.

EP: Por eso, el núcleo del asunto, a lo mejor, no está en una defensa a ultranza de la libertad, sino en la definición de qué vas a hacer con esa libertad. Porque el problema parecería ser que hemos llegado a una libertad sin objetivos, porque ser libre, elegir, hacer lo que quieras, probar lo que quieras, está bien.

JL: Hacer lo que te da la gana, pues.

EP: Sí. Todo se reduce a una manifestación de tu poder, de tu individualidad.

JL: Pero ahí es donde entra muy bien, me parece, una conciencia de que detrás de ese querer resulta que hay fuerzas que tú no controlas, y eso nos lleva al terreno de un poder individual lastrado por los deseos inducidos, las pasiones, el inconsciente y todo ese ámbito...

[...] el placer de la cópula es el bienestar que produce el sentimiento de la vida en su máxima concentración.

ARTHUR SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación*, v. I

No es arriesgado suponer que, bajo el imperio de una moral sexual cultural, pueden quedar expuestas a ciertos daños la salud y la energía vital individuales y que el daño, infligido a los individuos por los sacrificios que les son impuestos, alcanza por último tan alto grado que llega a constituir también un peligro para el fin social.

SIGMUND FREUD, *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*

El placer me parece el único medio por el cual una persona o un sujeto "se encuentra" en un proceso que la desborda. Es una reterritorialización. Y, desde mi punto de vista, es de la misma manera como el deseo es devuelto a la ley de la falta y a la norma del placer.

GILLES DELEUZE, *Deseo y placer*

Me pregunto por el placer estético, a sabiendas de que muchas de estas imágenes además pueden provocar, de cuando en cuando, un deleite moral, por ejemplo en forma de piedad o de un triunfo moral. [...] Para la explicación del mito trágico, la primera exigencia es justamente buscar en la esfera puramente estética el placer propio de él sin pasar a la región de la piedad, del terror o de lo moralmente sublime. ¿Cómo lo feo y lo desarmónico, el contenido del mito trágico, puede provocar un placer estético?

FRIEDRICH NIETZSCHE, *El nacimiento de la tragedia*

EP: ... Y a la mercadotecnia...

LFF: Tú hablabas, Ernesto, del placer que obtiene el hombre común. Eso me parece muy radical. Uno, que lo está pensando desde ciertos elementos conflictivos, referencias antiguas... una serie de aspectos complejos... se va dando cuenta de que el problema eso no es precisamente sencillo. Pero el hombre ordinario sí cree que es un ejercicio de libertad eso de ir de compras, aunque no compre. Ahí tenemos un modelo que queremos revertir. Por eso, insistía en los diagnósticos: diagnósticos, entonces puedes confrontar. No sé desde qué esferas. A lo mejor, en todas las esferas posibles tendrá uno que ir combatiendo. Pero, para el hombre común, está muy claro que ahí es donde se está jugando el placer contemporáneo, en esa posibilidad de adquisición de cosas. Hablo de la posibilidad; ni siquiera el hecho de adquirirlas, a veces. Hablo de la posibilidad de elegir lo que quiera; de que puedo desear lo que quiera.

JL: A mí me parece que hay que cuestionar el papel del dinero en ese modelo. El dinero aparece como la gran clave de la supuesta libertad con que cuentan los miembros de las clases altas. Ellos sí pueden comprar prácticamente lo que les dé la gana. Pero fomentar esa idea de la libertad sustentada en la capacidad de comprar es sumamente peligroso, porque es una fuente de gran frustración entre quienes tienen deseos exacerbados por la mercadotecnia, como decías tú, Ernesto, y no pueden realizarlos por falta de dinero.

EP: Sí, claro, porque no es que yo voy y decido qué voy a escoger y lo compro. No. Es que llego y me gusta eso y no tengo, no me alcanza.

JL: Como fuente de frustración me parece un invento insuperable.

LFF: Te convierte en dos personas. No todo es conductismo. Te enseñan a confrontar la frustración, poniendo en claro que

no debes desear tal o cual cosa. Pero estamos en una sociedad muy compleja, donde también se necesita atacar el deseo desde las exigencias del mercado, por medio de la televisión y otros medios. Y eso moldea un deseo de ser de una forma determinada: tener los labios de Angelina Jolie, tener el cuerpo de Madonna...

JL: Es importante destacar el papel de la mercadotecnia y la manipulación psicológica de las potencialidades de cada quien como consumidor, porque por ahí se llega a la promoción de una serie de valores y al estímulo de necesidades artificiales.

LFF: Y, con eso, se penetra también el terreno del imaginario. Porque, por un lado, podemos decir que ontológicamente somos incompletos, seres por hacernos —y eso está bien, porque entonces no estamos condenados a ningún tipo de esencialismo— y, por el otro, te das tus gustos, porque somos deseo permanente y tenemos libertad absoluta: hagamos lo que se nos dé la gana.

EP: Claro. Y el hombre es, entonces, el que está deseando todo el tiempo. Y, entonces, ¿qué es lo que hay que hacer? Pues, ofrecer nuevos productos que sean cada vez diferentes, para que no falten opciones a elegir, en el momento de comprar.

LFF: Para que tu deseo no pare.

EP: Yo lo veo mucho en el campo de la tecnología. Los equipos tecnológicos que caen en desuso muy rápido y tienen que ser renovados o reemplazados por otros completamente nuevos, sin conexión con los anteriores. Hoy en día, no tiene ningún sentido que acumules tus computadoras; lo contrario de los tiempos pasados, cuando sí tenía sentido que acumularas, por ejemplo, tus libros, tus vasos de cristal... —como prueba de buen gusto o por placer—. Hoy la mayoría de los objetos simplemente dejan de funcionar y se tiran, porque no van a servir nunca más.

LFF: Claro. Por ejemplo, los libros, que son objetos deseables que permanecen en el tiempo, pero hay muchos objetos que son de desecho, porque estamos en un mundo donde se ha impuesto esa cultura.

EP: Sí, sí... objetos cuya acumulación no tiene caso. Incluso los libros tienden a entrar en esa condición. En ese sentido, va a llegar el momento en que las bibliotecas ya no tendrían sentido. En el siglo XII, por ejemplo, pensaban que había que hacer los libros de manera que fueran para siempre.

JL: Digamos que tenían vocación de eternidad. Es decir, había una energía y una capacidad invertida en la eternidad. Ahora se invierte todo eso en el consumo, en el mercantilismo.

EP: Y lo interesante aquí es un rasgo del placer que no hemos venido contemplando y que se adapta muy bien a las dinámicas de nuestro tiempo: el hecho de que es efímero. Esto es algo que le viene muy bien a la sociedad contemporánea. Así, me parece que, estructuralmente, la sociedad en que estamos nosotros promueve la idea de que la insatisfacción es la no-permanencia del placer, que el problema es el placer como un evento que, en cada caso, no tiene continuidad. De modo que la cuestión no es que vayas de compras un día y adquieras la ropa para todo un año y te regreses a tu casa con la sensación de una misión cumplida, que era lo que hacía mi madre siempre. (Risas.) El asunto, ahora, es que tienes que estar comprando ropa regularmente, es decir, todo el tiempo. Ya no importa si son calcetines, camisas o lo que sea; lo que importa...

LFF: ...lo que importa es que el placer se agota en el instante.

EP: Claro, y hay que renovarlo constantemente.

JL: Ya que hemos llegado a este punto, me parecen muy llamativas las coincidencias que puede tener con la visión de alguien como Sartre sobre el fenómeno del

De manera general, se puede considerar que la conciencia de la causalidad de una representación con respecto al estado del sujeto y a la intención de conservar a aquella designa lo que se llama "placer". En contrapartida, el displacer es la representación que contiene el principio consistente en determinar el estado de las representaciones en el sentido de su propio contrario (para desviarlas o para eliminarlas).

IMMANUEL KANT, *Crítica de la facultad de juzgar*

El principio de placer parece hallarse al servicio de los instintos de muerte.

SIGMUND FREUD, *Más allá del principio de placer*

Elevación hasta el deleite: instinto de belleza: placer por la existencia de una determinada manera. Vivir en comunión, presupuesto de todo placer, también de todo placer estético, ocular.

FRIEDRICH NIETZSCHE (Fragmentos póstumos, invierno de 1869/1870 – primavera de 1871)

Todas las pasiones tienen dos sentidos, Julieta: uno, muy injusto, en relación con las víctimas; el otro, singularmente justo en relación con quien las ejerce. Este órgano de las pasiones, por injusto que resulte a los ojos de las víctimas, no es sin embargo, más que la voz de la naturaleza. Es su mano la que nos da las pasiones; sólo su energía nos las inspira. Sin embargo, estas pasiones nos hacen cometer injusticias. Hay, pues, injusticias necesarias en la naturaleza y sus leyes, cuyos motivos nos son desconocidos, exigen una buena dosis de vicio, por lo menos igual a la de las virtudes. Quien no tiene tendencias por la virtud debe, pues, inclinarse ciegamente bajo la mano que lo tiraniza, seguro de que esta mano es la de la naturaleza y que él ha sido elegido para el mantenimiento del equilibrio.

MONSIEUR DE NOIRCEUIL, en *Historia de Julieta*, del Marqués de Sade

placer sexual. Para él, lo propio del placer sexual —dejemos de lado si se trata de erotismo u otra posibilidad— es que posee esa cualidad de ser móvil, variable, in-permanente. Es decir, que tiene que ser constantemente re-hecho. Por lo que venimos viendo, el mercado, el *marketing*, la manipulación mediática, etc., se han valido de esa característica del placer, para incorporarlo a su lógica. Tal vez el punto de inflexión de este proceso está al término de la segunda Guerra Mundial. Recordemos cómo gente como [Herbert] Marcuse descubre que el placer —sobre todo el placer sexual— se incorporó a la maquinaria de la opresión, después de haber sido una de las grandes reivindicaciones revolucionarias y libertarias. Recordemos cómo uno de los grandes reclamos históricos era liberar nuestra capacidad de placer. Como dice Foucault: liberar a ese Nietzsche de la "Segunda canción del baile", en el *Zaratustra*; allí donde dice que el placer es más profundo que el sufrimiento, porque siempre quiere eternidad; mientras que el dolor lo que pide es pasar lo más pronto posible. Todo esto, al dar un giro de 180 grados, es ahora parte de esta nueva estructura de dominación y consumo.

Ahora, a mí me parece que eso, en vez de ser visto en términos de una simple constatación, debería llevarnos a un cuestionamiento del sentido del placer, hoy en día. Insisto en ese punto, porque quiero tener un mínimo de esperanza. En todo este diagnóstico, en estos trazos muy gruesos que hemos venido dando aquí, no parece haber cabida para la esperanza de que se pudiera conducir nuestra voluntad de placer por un rumbo diferente al que permite e impone la actual realidad social.

Yo sí creo en la posibilidad de repensar el placer y de reconducir esa voluntad de placer, lo cual supone procurar una filosofía para la vida, una educación adecuada... Pienso que tenemos la exigencia de ir por

esa ruta. ¿Qué piensan ustedes? Ahí les dejo ese trompito para aventárselo a la uña.

EP: Yo estaría de acuerdo. Ahora, me parece que el primer paso —un paso autocrítico que debemos dar los filósofos— es dejarse de nostalgias. No va a desaparecer el placer de ir a Perisur y esos lugares. O sea, tenemos que construir algo para el mundo en que vivimos. Esa idea de la vuelta a los placeres más sencillos... está bien; pero sin obviar que eso no se puede hacer sin tener presente que hay nuevos placeres.

JL: Y nuevos dolores.

EP: Sí, nuevos dolores y nueva vejez. Tenemos que empezar a enfrentar la vida de otra manera y empezar a crear las herramientas para vivir en esta sociedad. Me refiero a herramientas éticas, prácticas, conceptuales, etc., que nos permitan dar respuesta a nuestras necesidades, en un mundo que combina la obsesión por la inmediatez del deseo con una terrible conciencia de amenaza; porque, por una parte, tenemos un deseo que es fomentado y, al mismo tiempo, por la otra, se genera una situación enfocada a controlar tu vida.

Entonces, ¿cuál podría ser una de las claves para ir caminando en ese rumbo? Me parece que tendríamos que generar y tener en cuenta quejas que necesitan ser, en cierta forma, pensadas como tales, como quejas; es decir, no dejarlas caer. Por ejemplo, ¿cómo disfrutar más una ida de compras? Yo no estaría pensando en decir un "no" al consumismo, sino en establecer parámetros conforme a los cuales sepas: 1. que estamos a un proceso con potencialidades frustrantes, que vivimos en una sociedad que fomenta placeres, cuya lógica última consiste en generar una nueva falta, para llevarnos a aspirar a un nuevo placer, sea del orden que sea, y 2. que debemos estar claramente conscientes de que eso es así; si no, tendríamos que ver cómo enfrentar la

frustración que se deriva de que no puedas comprar un Porsche, por ejemplo.

LFF: Y por eso hay que ser consciente de que lo que te están ofreciendo como un sujeto deseante no es necesariamente un objeto del deseo. Es decir, que no siempre están unidos los deseos con los objetos del deseo. Por eso he insistido en que el diagnóstico es fundamental. Por eso decía también que, en general, estamos mal en los diagnósticos, porque tenemos mucha tendencia a condenar. Rápidamente decimos "Sociedad de consumo, no", "Tecnología, no", y nos fijamos sobre todo en los abusos y no dudo de que existen. Pero a mí, por ejemplo, me cuesta mucho trabajo entender el chateo y todo ese mundo de las actuales tecnologías de comunicación; pero, ahora, mi hijo está en Canadá y no saben qué bendición me parece que exista un maldito Skype, una camarita... de manera que, aun cuando él esté muy lejos, en todo momento nos podemos comunicar. Ahora entiendo que tampoco tengo por qué demonizar sin más. Por eso creo que hay que rehacer los diagnósticos, porque solo así podemos ofrecer reales alternativas, ya que son estas nuevas prácticas las que le otorgan placer a una. En principio pueden parecerse incomprensibles, porque no fuimos formados en esas experiencias, reglamentaciones, ni nada; pero ahora —no sé si por la velocidad del desarrollo— tenemos que replantear muchas cosas, reconstituir prácticas que otorgan placeres individuales y sociales, porque nos estaríamos perdiendo muchas cosas, que realmente podrían valer la pena.

JL: Muy bien... Me parece que no se puede negar que un diagnóstico social acertado es conveniente y deseable. Aun así, sin restarle importancia a eso, yo siempre apostaría más por la capacidad de la persona, con miras al propósito de vivir mejor e incorporar el placer a ese fin.

[...] la esencia de cada cosa es esa aspiración idéntica a la que en nosotros llamamos voluntad [...]. A su comprensión por un obstáculo que se eleva entre ella y su fin actual la llamamos dolor; por el contrario, llamamos placer y felicidad a la consecución de este fin.

ARTHUR SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación*, v. I

De la unión de dolor y placer en la esencia del mundo es de lo que vivimos. Sólo somos envoltura alrededor de ese núcleo inmortal. En tanto que se rompe por la representación del dolor primordial, nuestra propia existencia es un acto artístico constante. Por eso la creación del artista es imitación de la naturaleza en el sentido más profundo.

FRIEDRICH NIETZSCHE (Fragmentos póstumos, final de 1870–abril de 1871)

[...] aquellos que carecen de experiencia de la sabiduría y de la excelencia y que pasan toda su vida en festines y cosas de esa índole son transportados hacia abajo y luego nuevamente hacia el medio, y deambulan toda su vida hacia uno y otro lado; jamás han ido más allá de esto, ni se han elevado para mirar hacia lo verdaderamente alto, ni se han satisfecho realmente con lo real, ni han disfrutado de un placer sólido y puro, sino que, como si fueran animales, miran siempre hacia abajo, inclinándose sobre la tierra y devoran sobre las mesas, comiendo y copulando; y en su codicia por estas cosas se patean y cornean unos a otros con cuernos y pezuñas de hierro, y debido a su voracidad insaciable se matan, dado que no satisfacen con cosas reales la parte irreal de sí mismos que las recibe.

SÓCRATES, en *República*, de Platón

El hombre ansioso de riquezas y pobre de espíritu [...] se lanza sin pudor por todas partes, como un animal salvaje, sobre todo lo que sea capaz de comer o de beber, o sobre lo que pueda proporcionarle hasta la saciedad ese placer rastroso y burdo mal llamado amor.

PLATÓN, *Carta VII*

EP: Yo apostaría más por la vinculación social.

JL: Está bien, pero el punto es en qué nos fijamos más: en el orden de los objetos o en la interioridad de cada quien. Sin ser unilateral —porque en ningún momento estoy negando los condicionamientos sociales—, le estoy dando énfasis a la persona, justamente porque entendí la exhortación a no ser nostálgico, en el sentido de no regresar a una sociedad premoderna —cosa que sería un absurdo total—. Esta sociedad capitalista, hipermoderna, globalizada, etc., es lo que tenemos; pero, ¿desde dónde la asumimos? Pienso que desde la situación de cada persona concreta. Por eso me parece fundamental incentivar una buena voluntad de placer, a partir de la cual se pueda hacer frente a esa realidad.

LFF: Pero aquí estamos hablando de una persona en construcción.

JL: Es que yo no niego eso. Sencillamente, en este momento no estoy preguntándome sobre el origen del fundamento de esa persona de que hablo.

LFF: Yo pregunto por el punto en que ponemos el acento para el diagnóstico y para la propuesta desde la cual partir.

JL: Desde una política que se fije en la persona como primer punto, eso es lo que yo creo. Porque la realidad como determinación está ahí y no depende tanto de cada uno de nosotros, como creía el viejo revolucionarismo decimonónico.

LFF: Pero aún así, las políticas tienen que aclarar su proyecto, porque yo te puedo proponer, por ejemplo, una política de oportunidades y decir que tus satisfactores te los proporcionaré mediante un asistencialismo político, que te suministre más dinero para que tú compres. Esa es una posibilidad; puede haber otras.

JL: Perdón, Leticia, pero lo que tú planteas es justo lo contrario a lo que yo estoy pensando. En el fondo, tú estás hablando

de una política heterónoma, de una heteronomía que se puede imponer a la gente. Más bien, habría que asumir el hecho de la voluntad de placer de cada quien y encauzarlo, a partir de cada persona, de la mejor manera. Sé que es una vaguedad total la que acabo de decir, pero no encuentro otra forma de decirlo. Creo que es un hecho que somos voluntad de placer: queremos placer. No conozco a nadie que diga "Yo no quiero placer", a menos que se trate de un monje, un asceta o algo así. Entonces, el tema sería, conforme a los medios posibles, incentivar, estructurar bien esa voluntad de placer. Ahí es donde entra en juego la educación, entendida en un sentido diferente a lo que conocemos como sistema educativo en el presente. Y creo que todo esto debe pasar, no solo por la elaboración de diagnósticos sociológicos, sino también por un esfuerzo dirigido a pensar —¿por qué no?— una ontología del placer. Sé que "ontología del placer" suena fuerte y ambicioso, pero no le tengo miedo al término.

Como señalabas tú, Ernesto, hace un momento, la sociedad ha evolucionado mucho; por eso, no podemos pensar siempre y solamente en pensadores como Epicuro. Nunca podremos dejarlos de lado, pero ¿por qué no tenemos un Epicuro o un Aristipo de Cirene de nuestro tiempo? Ahora, tenemos nosotros la responsabilidad de repensar el placer desde el punto de vista filosófico.

EP: Espera, porque yo creo que parte de lo interesante del asunto, ahora, es ver por qué los herederos de Epicuro son los que están de algún modo vigentes en el presente.

LFF: Porque en la historia también se permite cierto grado de anacronismo. Según tú, Josu, es cuestión de ir al pasado preguntando por las preocupaciones actuales.

JL: Sí, desde el presente. Por eso mismo, no se trata de desdeñar ese pasado, pero tampoco de conformarnos con eso. También es nuestra responsabilidad pensar el placer hoy.

LFF: En eso estoy de acuerdo. En lo que no coincido es en que pones mucho el acento en la voluntad. Eso, en principio, me parece muy bien, pero no estoy tan clara en cuanto a que, en la actualidad, los espacios público y privado estén tan plenamente diferenciados y que se pueda establecer una distinción tan tajante entre autonomía y heteronomía morales. Yo no podría estar tan segura de hasta dónde no está lo público en tu cama o en tu baño o en todos lados. Esta ha invadido toda tu experiencia del espacio-tiempo.

EP: Claro...

JL: Eso, si tú lo dejas entrar...

LFF: ...Es que no es que lo dejes entrar. Si no es voluntario... Perdóname, pero no es algo voluntario.

EP: Una visión que hace énfasis en la persona, como con capacidad suficiente de resistir a lo que se le viene, me parece un tanto limitada. No sé... quien tenga una televisión en su recámara le ha abierto la puerta a una cantidad de cosas tales que me parece no es un asunto solo de resistencia individual, sino un asunto de resistencia colectiva. Finalmente, se trata de entender que, incluso en el orden del placer, hay actos políticos; que eso está en la percepción individual y que nos conecta inmediatamente con una colectividad. En otras palabras, tenemos el compromiso de asumir el reto de reivindicar un modo de vida no sometido al vaivén de la mercadotecnia, de la violencia capitalista, no sólo sobre la base de una defensa individual, sino colectiva, de todo un espacio de los placeres.

JL: Creo que aquí aparecen, sin querer, aspectos que pueden ser, tal vez, falsos problemas. Cuando yo estoy pensando en la persona, no puedo prescindir —perdón, pero es un defecto profesional mío— de la referencia antigua, de la referencia de la autarquía. A mí me parece que ese modo radical de la autonomía no es un individualis-

Contra lo que afirmaba Stuart Mill, el último móvil de la actividad humana no es el placer, sino la satisfacción del deseo con la posesión o contemplación de su objeto. Y la diferencia entre lo uno y lo otro no es poca. El deseo es siempre transitivo, es deseo *de* algo. El placer no lo es tanto de algo como *por* algo: no es la búsqueda de cosa alguna, sino de las resonancias que cualquier cosa me produzca. Para el deseo todo son fines, para el placer todo son medios e instrumentos.

XAVIER RUBERT DE VENTÓS, *Ética sin atributos*

[...]el hombre, como animal, busca el placer y ahí es ingenioso. La moralidad se forma cuando el hombre busca lo provechoso, es decir, esto no le proporciona inmediatamente o de ningún modo placer, pero le garantiza ausencia de dolor particularmente en interés de varios. La belleza y el arte tienen su origen en la producción directa de la mayor cantidad y variedad posibles de placer. El hombre ha saltado por encima de la barrera animal de la época de celo; esto le muestra en la ruta de la invención de placer. Ha heredado muchos placeres sensuales de los animales (la atracción de los colores en los pavos reales, el placer de cantar en los pájaros cantores). El hombre inventó el trabajo sin esfuerzo, el juego, la acción sin meta racional. Dar rienda suelta a la fantasía, forjar lo imposible, incluso lo absurdo, produce placer porque es una actividad sin sentido y sin meta.

FRIEDRICH NIETZSCHE (Fragmentos póstumos, final de 1876-verano de 1877)

[...] tanto para la formación como para el mantenimiento de una coerción psíquica es necesario un "gasto psíquico". Si a esto agregamos que, en ambos casos de empleo del chiste tendencioso, se consigue una aportación de placer, no será muy aventurada la hipótesis de que tal aportación de placer corresponde al gasto psíquico ahorrado.

SIGMUND FREUD, *El chiste y su relación con el inconsciente*

mo, de acuerdo con cómo se entiende hoy el término. Esa autarquía es el más grande homenaje a la colectividad, en la medida en que alguien es capaz de controlarse a sí mismo y de bastarse a sí mismo, para poder tener así una mejor relación con su entorno. Por eso, en ese contexto, el tema del individualismo se convierte en un falso problema. No hay tal cosa como el individualismo en el contexto que planteo. La autarquía es un modo de ser mejor para sí mismo y para el entorno. No olvidemos —los filósofos solemos olvidar esto usualmente, no sé por qué— que la alegoría de la caverna no se conforma con ser una ontología sintética con implicaciones epistemológicas —o viceversa—, sino todo un programa de salvación personal y colectiva. Platón dice muy claramente que sales a la luz del sol, descubres lo que es la verdad y descubres que esa no es la luz que viste en la caverna; así, llegas a la conciencia de la verdadera realidad y del tipo de esfuerzo que te permite acceder a ella. Pero, a partir de ahí, tienes la responsabilidad de regresar a donde están los otros encadenados en la caverna, confundidos en medio de sombras y luces débiles, y debes hacerlo a riesgo de tu vida. Entonces, entre los filósofos antiguos, es impensable una salvación del entorno que no empiece por la salvación de la persona, así como, en último término, esta no se salva de veras mientras no se logra lo mismo en el ámbito colectivo.

El otro punto es que el placer, como lo hemos señalado y vivido todos, es una experiencia única; de modo que la experiencia es el lugar donde se vive el placer. Ahí, lo que tenemos en común es la conciencia de que vivimos esa experiencia. Por eso pienso que una política del placer alternativa debe proponerse que la gente tenga experiencias placenteras más radicales, más profundas, más humanamente realizadoras. Y, por supuesto, eso pasa por tener en cuen-

ta y afrontar las determinaciones sociales, políticas y económicas del presente. En el fondo, supone la lucha por una verdadera satisfacción y superar el actual problema de una imposible satisfacción plena. Hoy en día, la lógica del mercado se sustenta en la generación de condiciones y situaciones que hagan imposible una satisfacción plena. Hay que salir de ese pantano y eso, me parece a mí, en último término, se resuelve en el terreno personal. Digo "en último término", porque nunca voy a negar que deba haber elementos de contexto, comunitarios, políticos —en el sentido de una conducción adecuada de la polis— que faciliten y potencien eso. Pero el énfasis, me parece clarísimo, está en el lado de la constitución radical de una interioridad, de una radical autonomía personal.

LFF: Me parece a mí que todo lo relacionado con lo personal, en la Grecia antigua, era fundamentalmente planteado en el ámbito del despliegue comunitario, en lo social, en la plaza pública... Me refiero a la plaza política para hablar del espacio común, en el sentido de *koinonía*. Pero el punto es que tú estás asumiendo que puede llegarse a esa autarquía, por un proceso que a mí sigue sin quedarme claro. No veo cómo podríamos contrarrestar un mundo como el de hoy, donde tenemos toda la escala de la educación informal —pero más poderosa y constitutiva que la formal— que te llega por los medios, por el mercado, por la televisión. No entiendo cómo podríamos rescatar un término como el de autarquía en un mundo globalizado y complejo como el de ahora. Entiendo muy bien esa autarquía en una comunidad pequeña, de amigos, con una estructura sencilla; pero, con lo que tenemos ahora, no la entiendo. De verdad que no.

JL: Pues en gerundio, Leticia; es decir, haciendo el esfuerzo necesario en esa dirección; negándose a dejarse anular, a perder

la independencia, ante la lógica del sistema. Porque, finalmente, para eso, ni siquiera es imprescindible que exista una comunidad, en el sentido de una estructura social definida y sólida. Pensemos, por ejemplo, en una situación de guerra donde hemos perdido a nuestras familias... No te vas a matar tú también.

EP: Pues, es una opción.

LFF: Sí, es una opción, ¿por qué no?

JL: Sí, es una opción; pero también está la posibilidad de que, aún así, uno pueda seguir viviendo, seguir siendo, y pueda convertir esa situación tan terrible en motivo de fortalecimiento ético.

EP: Lo que pasa es que, ahí, en la idea de un ego un poco romántico que se sobrepone a todo... creo que debemos irnos con cuidado y no dejar fuera que parte de la estrategia de la sociedad actual consiste, justamente, en aislarnos, en convertirnos en seres separados unos de otros; además de que mi experiencia personal nunca será igual a la de los demás. Y puesto que eso es parte de la estrategia de la sociedad actual para pulverizarla y convertirla en una actividad autosatisfactoria inmediata y de utilidad, de consumo, de un estado de barbarie donde alguien tiene que consumir, justamente me parece que una de las cosas pendientes es poder formular y poder construir, aunque sea, pequeñas comunidades dentro de la gran comunidad que es nuestra sociedad. Espacios donde, por ejemplo, existan procesos rituales, no en un sentido necesariamente religioso sino en el sentido de, por ejemplo, formas establecidas de cómo se sirve el vino. Eso tiene un componente ritual, aunque no tenga que estar ligado con el culto a un ser supremo, porque sirve para unir a quienes concurren a esta celebración, al carnaval... Me parece que ahí hay un punto que no podemos dejar pasar. Yo entiendo que hay que ser un sujeto autónomo, autárquico, como tú dices; pero

Todos los grados de placer y displacer — exteriorizaciones de un fondo primordial velado a nuestra mirada— se simbolizan en el tono del que habla, mientras que todas las demás representaciones son designadas por la simbólica gestual del que habla.

FRIEDRICH NIETZSCHE (Fragmentos póstumos, principios de 1881)

Pero el placer, como el desenfado, es una de esas cosas que no podemos buscar directamente ni conseguir laboriosa y aplicadamente. El placer no se obtiene, se encuentra. Cuando se busca y se quiere el placer no se recogen más que pálidos sucedáneos en los que la imaginación senil proyecta las experiencias realmente lúdicas de cuando perseguía cosas concretas y sí recogía placeres. Nuestro hedonista podrá consolarse pensando que la fogosidad de la pasión no conoce las mil posibilidades y finezas de la tecnología del placer, y que, como dice Ovidio en su madurez, "sólo la experiencia engendra los artistas y el placer", de modo que las sensaciones estéticas o eróticas "suelen llegar, lo más pronto, al cabo de siete lustros".

XAVIER RUBERT DE VENTÓS, *Ética sin atributos*

[...] se produce el dolor cuando los átomos de la materia, trastornados por alguna fuerza en las entrañas vivas y en los miembros, se tambalean en el interior de sus sedes, y cuando vuelven a su sitio nace el blando placer.

LUCRECIO, *Sobre la naturaleza de las cosas*

El dolor en la carne no se prolonga ininterrumpidamente, sino que el máximo dolor dura el mínimo tiempo, y aquel que apenas sobrepasa el placer de la carne tampoco dura muchos días. Por otro lado, la enfermedades duraderas proporcionan a la carne más placer que dolor.

Epicuro, *Máximas capitales*

hay que ser un sujeto que, además, se construye ante otros y con otros.

JL: Pero, es que nada de lo que estamos viendo es pensable fuera de la comunidad. Por eso, en este caso, me parece una falsa disyunción esa oposición entre individuo y comunidad.

LFF: Sí, pero el tema de la comunidad contemporánea es uno de los temas más complejos; porque, en la Antigüedad, la comunidad era la de los amigos, del jardín... Pero ahora hablamos de mundos globalizados, de estructuras complejas, de fronteras de otro tipo.

JL: Entonces, hablemos de comunidades globalizadas o de instancias comunitarias de la actual globalización.

LFF: Pero, es que eso no es tan sencillo. La confrontación, el cara a cara, el pensar en el otro que está del otro lado del mundo... pienso que todo eso es muy loable. Afirmaciones como la de que mientras que alguien se muera de hambre en el mundo, todos somos caníbales — porque alguien se muere de hambre y yo no hago nada para ayudarlo— ni siquiera la pongo en duda. Ahí vemos que la autarquía no recae en la pura voluntad. Por eso, yo digo que este espacio dialógico comienza a ser un espacio de resistencia, porque es un espacio de pensamiento; estamos, comunitariamente, tratando de reflexionar sobre un punto, repensar lo que está pasando. No sé si vamos a salir con alguna conclusión, pero lo importante es el acto comunitario donde revisamos las nociones preconcebidas, las evidencias — esas me son difíciles de soportar en general—. (Risas.) Desde la perspectiva de la situación global, es muy difícil manejar la autarquía como lo estás haciendo.

JL: Las nociones como individualismo o colectivismo las asumo como expresiones técnicas para otro tipo de reflexión; pero, para este punto, pueden ser un obstáculo, porque yo me remito a la principal raíz de

la comunidad, que es nuestra condición común de seres humanos. Cuando hablo de evidencias, me refiero simplemente a lo que está a la vista de todos; a nada más. Y una cosa que está a la vista de todos es nuestra identidad común: hay una comunidad de ser que integra a toda persona. Esa es la comunidad de referencia importante y fundamental para mí. Todas las demás son construcciones determinadas por el tiempo, por la historia. Así que, en ningún momento estoy negando la comunidad, sino que trato de llamar la atención sobre un punto que tiende a olvidarse: el punto del que se han olvidado los grandes programas de transformación social, que se nos han ofrecido desde el siglo XVIII, y que hoy están en quiebra. Me refiero a lo que Platón o, mejor dicho, el Sócrates platónico, llamaba "alma". Los grandes proyectos de cambio social modernos se olvidan del alma de la persona. Platón ha pasado a la historia de la política como el primer gran utopista, como el modelo de las quimeras políticas más insostenibles. Creo que se le juzga sin considerar que nadie ha jugado la apuesta de Platón, a la que me suelo referir como una "política del alma". El propio Platón tuvo serios problemas para impulsarla, pero eso no quiere decir que se agotara con sus intentos. Esa política del alma consistiría en esto: no habrá verdadera transformación política, que nos lleve al bien común, a la justicia y a todas las grandes metas que se avizoran en *República*, si no empezamos por una transformación del alma de cada quien. Lo que la historia ha demostrado, sobre todo en los dos últimos siglos, ha sido precisamente esto. O sea, que los quiméricos son otros, no Platón.

LFF: Pero, todo el libro tercero de *República* de Platón es para justificar las bellas mentiras y decir: "Somos una comunidad, porque todos nacimos en la misma tierra. Somos autóctonos, pero como la tierra se

mezcló con distintos metales, ahí viene la jerarquía de clases". Entonces ¿dónde está, estrictamente hablando, la autarquía?

JL: El modelo de filósofo que está ahí, en *República*, reúne todas las condiciones éticas que incluiría la autarquía. El filósofo-rey no es un tipo que al que designa como tal una junta política o por el que ha votado la gente, sino alguien que ha tenido una transformación ética tal que es capaz de hacer cualquier cosa: desde gobernar la *polis* hasta poner tachuelas a las suelas de los zapatos, en caso de necesidad. Solemos olvidar que, en último término, para la idea de la política que tentativamente viene manejando Platón, no es importante o decisivo el lugar que ocupes en la *polis*, sino si eres capaz de tener una buena vida, de alcanzar la *eudaimonía* o felicidad. Me parece que referencias de este tipo dan pie al cuestionamiento del tipo de transformación política que se impulsa desde hace 250 años y que tiene un marcado cariz exteriorista.

LFF: No es cierto. Perdóname, Josu, pero no es cierto. Si quieres, discutimos el texto de Platón paso por paso.

JL: Claro que sí: si tú quieres ser zapatero y así alcanzas la *eudaimonía*, ya la hiciste. ¿Para qué quieres ser rey, entonces?

LFF: Claro, pero porque ontológicamente estás constituido para ser zapatero.

JL: Pero también está el papel de la formación ética y si así llegas a estar bien...

LFF: Pero, entonces, ¿qué niveles estamos planteando de autodominio?

EP: Ahí, el problema es programático, entonces, viendo que las precisiones con respecto a Platón son siempre problemáticas y para entrar de nuevo a la discusión que traíamos, la pregunta es justamente: ¿hoy qué haces? Porque hoy tienes un fenómeno que no es aplicable a la *república* platónica, que es la multiplicidad de centros de poder; es decir, no hay un punto de poder. La comunidad se articula desde distintos

[...] la "voluntad", con su escala de sensaciones de placer y displacer, llega en el desarrollo de la música a una expresión simbólica cada vez más adecuada, un proceso histórico junto al que avanza el esfuerzo constante de la poesía lírica por parafrasear la música en palabras; este doble fenómeno [...] tiene su modelo primordial en el lenguaje.

FRIEDRICH NIETZSCHE (Fragmentos póstumos, principios de 1881)

[...] la búsqueda de placer es el único objetivo de la razón práctica [...] su tarea consiste en orientar racionalmente la libertad hacia el máximo de placer compatible con la limitación histórica y ontológica del ser humano concreto.

FERNANDO SAVATER, *Ética como amor propio*

¿Te asombraría, entonces, si los que no tienen experiencia de la verdad no poseyeran opiniones sensatas acerca de muchas otras cosas, de modo que están en la misma disposición respecto del placer, el dolor y lo intermedio entre éstos? Cuando son transportados hacia lo penoso creen verdaderamente sufrir y, en realidad, sufren; pero cuando pasan del dolor a un estado intermedio, creen por completo haber llegado al *súmmum* del placer; tal como si, por falta de experiencia del blanco, compararan el gris con el negro, así también, por falta de experiencia del placer, comparan la ausencia del dolor con el placer, en lo cual se engañan.

SÓCRATES, en *República*, de Platón

[...] el que gusta de toda clase de placeres, sin prohibirse ninguno, se hace intemperante, mientras que el que huye de todos, como hacen los rústicos, se vuelve completamente insensible.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*

No hay vida placentera sin que sea juiciosa, bella y justa, ni se puede vivir juiciosa, bella y justamente sin el placer.

EPICURO, *Máximas capitales*

centros, en fin, te mueves de muchas maneras; entonces, es ahí donde cabe hacer énfasis en la actividad comunitaria, que no es la de la transformación revolucionaria de la sociedad, que no es tomar el poder. El punto es ver cómo puedes, en esta sociedad, mantener un modo de vida que no sea concesiva con la sociedad, en donde tú puedas acceder a una cierta forma de vida placentera y obtener los placeres que no son los que te impone la sociedad o en donde tú decidas: "A este sí le doy entrada, pero a este no lo dejo entrar. Me niego a aceptar esto y sí hago aquello". Me parece que ahí no se trata de un trabajo aislado; es decir, no es un trabajo que sea solo de alguien que se ha dado cuenta de que elabora su propia resistencia, sino que es un trabajo que parte de la labor conjunta de varios hombres y, de hecho, curiosamente, el ejemplo puede ser la comunidad filosófica, en un sentido muy fuerte. Hay gente que se dedica a la filosofía. Conformamos una comunidad en el sentido de que compartimos muchas cosas, intereses, etc., pero ahora la pregunta es: ¿acaso conformamos una verdadera comunidad? Nos daremos cuenta de que ahí empieza a haber problemas de articulación de proyectos colectivos, no de cara a la academia o del cumplimiento de nuestra labor, sino de cara a la vida, a los demás, etc. En eso estoy pensando cuando digo que hay que dar más énfasis mayor a la labor colectiva; pues la labor individual se potencia y cristaliza cuando se puede convertir en una actividad colectiva. Yo preguntaba sobre los placeres colectivos, porque justo son los que parecen más difíciles de encontrar. ¿Dónde está la conversación, la cena, las orgías, pasear por las plazas... todas estas actividades que hemos ido abandonando?

LFF: Pero ahorita, quizás, estás reduciendo la política a lo político, en el sentido estrecho de la palabra: política de Estado. No. Yo me refería también a ese tipo de práctica

con la que te vas apropiando de los espacios comunes y, para eso, necesitas a individuos con esa voluntad de tomar los espacios.

JL: Entonces, estamos coincidiendo, porque no hay tales aislamientos en la autarquía. Nadie se hace fuerte para afrontar cualquier situación, placenteramente o como sea, si no es pensando en otro que está configurando con él una comunidad. Es decir, somos en comunidad o no somos. Lo que me llama la atención es que hemos perdido mucha energía histórica en ese punto, en tomar medidas, sin ocuparnos lo suficiente en lo que decías al principio, Leticia: el tipo de hombre actual. Porque así como dices que no es la política profesional o el aparato gubernamental lo que está planteado cuando se habla de las relaciones en el contexto comunitario, hay que tener en cuenta que eso tiende a convertirse en movimiento, y así empiezan las circunstancias que llevan a una imposición de unos grupos o fuerzas sobre la comunidad o una serie de situaciones donde se anula a la persona.

EP: Es que el punto está en no aceptar esa dinámica; porque, además, ya tenemos evidencia de ese tipo de cosas. Tú puedes formar una comunidad y sucede que, si esa comunidad funciona, se convierte en un objeto de mercadeo. Entonces, al poco rato vas a tener la franquicia.

LFF: O también está el caso de las comunidades que se aíslan y no entran al juego de la comunidad global y se quedan como comunidad autónoma.

EP: Entonces, son dos momentos. En uno, eres consciente de que todo movimiento que hagas se puede mover en contra tuya. Una vez obtenida esa conciencia, es importante tener en cuenta las consecuencias de lo que hagas y, en ese sentido, hay que tomar las precauciones suficientes.

LFF: Justo la conciencia de la que hablabas hace rato, para saber por qué estoy pe-

leando. Porque yo pienso, por ejemplo, en la comunidad de las madres: tiene una lógica propia, un juego dentro de la comunidad general de lo político.

EP: Y saben cómo se compra una idea y se potencializa.

LFF: Y que tienen que internacionalizarse, etc. Asumen los riesgos del ejercicio de ciertas prácticas, conocen el medio... Uno sabe hasta qué punto el diálogo es un diálogo filosófico y todo eso...

JL: Bueno... no sé si quieren abordar algún otro punto, algún otro aspecto, en particular... Digo... para ir terminando; porque me traje un montón de notas, para acordarme de cosas, pero pueden esperar a otro momento.

LFF: Sí, mira: de todo lo que aquí traje, nada o casi nada de esto abordamos; porque, conste que me puse a estudiar. (Risas.)

EP: Yo lo disfruté mucho.

JL: Según lo que acabamos de ver, será muy difícil hablar del placer con razones; pero, por lo menos, es un placer lo que hemos hecho. Pues que quede así: como un placer. (Risas.)